MARTA CILLÁN
DESPUÉS DEL AMOR
B

Escribir autoficción es complicado. Es como contar verdades a medias, o mentiras a medias. Entre las verdades estarían las comunes, que cualquier ruptura con el pasado te rompe inevitablemente un poco y que esa herida no siempre se restaura, pues en el deshacer de un puzle a veces hay piezas que se pierden para siempre. La que sea determinada conseguirá un apaño y apenas notará el hueco vacío, solo algunas noches, algunas mañanas, cuando se permita sangrar la savia espesa, que es a su vez hiel y amalgama, y convierte la llaga en una hendidura más estrecha, menos presta a ser hurgada.

Las mentiras son el resultado de vivir a pesar de toda la verdad.

Marta Cillán

DESPUÉS DEL AMOR

B

Solo nos queda una cosa (…): que en la perdición de los dos el dolor no sea menor que el amor que lo ha precedido.

ELOÍSA A ABELARDO
MANUEL CRUZ, *Amo, luego existo*

Tengo treinta y cinco años. Ni uno más, ni uno menos. A esta edad ya debería haberme dado tiempo a convertirme en *influencer*, morir y resucitar al tercer día. Pero han pasado más de tres días y no estoy segura de haber resucitado del todo, lo que confirma mi sospecha de que tampoco he muerto del todo. Simplemente, estoy en un limbo entre la vida y la muerte, un limbo en el que llevo un año. Voy tarde, esa es la única verdad que sostengo entre mis dedos. No sé bien para qué, pero sé que voy tarde.

Mi psicóloga me pregunta esta mañana que a dónde se supone que me dirijo, que a qué tanta prisa. Me lo pregunta ella, que tiene una consulta privada y dos hijos. Al sitio en el que estás tú, le digo yo. Ella se ríe con una mueca que yo interpreto como una forma encubierta de confirmarme que estoy loca si lo que deseo es llegar ahí, que ella es mi psicóloga, pero que, de las dos, es la que necesita terapia con más urgencia. Que no soporta a sus hijos y que odia su trabajo. Algo que, desde luego, no me asombra, porque tener que aguantarle a diario el rollo a gente como yo debe de ser una condena.

Debe de ser incluso peor que trabajar arreglando bocas; al menos, el aspirador de saliva mantiene a los pacientes en silencio.

Yo la cabeza la tengo bien puesta porque la conservo encima de los hombros. Por lo demás, es un desastre.

Ella me dice que me ve tranquila, que solo estoy pasando por una época de cambios. Que no tenga tantas ganas de correr.

Sé que no me miente, pero no estoy segura de si sus respuestas las tiene escritas en un manual que guarda en un bolsillo de la chaqueta marrón que lleva puesta en todas las sesiones. Un manual que utiliza con todos los pacientes y que contiene una respuesta aséptica para cada encrucijada.

Me cuesta cuarenta euros a la semana sentarme con ella y contarle lo mismo que les cuento a todas mis amigas. Pero ella no tiene toda la información; de cualquier conflicto solo conoce mi versión. Creo que por eso lo disfruto tanto.

Esta época de cambios ya se me está haciendo pesadita. Por mucho que mi psicóloga odie a sus hijos y su trabajo, un poco sí que la envidio. Hacer todos los días lo mismo, sin excepción. Nada cambia, nada permea. Haberte pasado el juego. ¿Y ahora qué? Ahora nada, solo era esto. Si lo pienso, hasta parece divertido. Pero si lo pienso demasiado, soy capaz de vislumbrar el precipicio por el que querría saltar.

¿La vida es muy corta o es muy larga? ¿En qué quedamos? Desde que tengo treinta y cinco, a veces me siento una niña y a veces me siento mayor para casi todo.

A veces imagino que tengo hijos y se me escapa una sonrisa y a veces me entran ganas de vomitar al pensar que un día pueda ser tan insensata como para embarcarme en ese viaje.

¿A qué tienes miedo?, me pregunta ella.

A todo, le contesto yo. Al cáncer, casi todo el rato. A la muerte no, al menos no a la mía. A la de mi madre sí. A la enfermedad y a la soledad. Sobre todo a la soledad. A tener hijos que enfermen o mueran. A tener una pareja que enferme o muera. A que todos me abandonen cuando se den cuenta de que soy insoportable.

Seguro que no eres tan insoportable, me dice y se cree que me está descubriendo algo que yo no sé.

Porque tú no me conoces, solo me psicoanalizas. Pero no sabes que tengo que tomarme un café nada más abrir los ojos, que no follo por las mañanas o que no soporto el desorden ni los lugares donde no hay luz natural, ni la música tan baja que casi la tienes que intuir, ni el volumen de la televisión muy alto, ni la comida recalentada, ni a la gente que no tiene opinión o que tiene demasiada, ni a los egocéntricos —por eso no me soporto a mí misma—, ni a las amigas que te cortan el rollo pidiéndose un agua cuando tú necesitas beberte una botella entera de Montsant. Tampoco a los que no se tiran al suelo cuando un perro

los viene a saludar; a esos los enviaba derechos al infierno.

Pero hay gente que les tiene miedo a los perros, me responde, y yo siento que acabo de perderle el respeto.

¿Tú les tienes miedo a los hombres?, le pregunto, porque ellos matan a las mujeres. No solo nos matan, sino cosas mucho peores.

Arquea una ceja y, aunque sé que la estoy incomodando, no puedo parar.

Los hombres les tienen miedo a las mujeres, por eso las matan. Los perros no les tienen miedo a las personas, pero deberían. No sé en qué mundo delirante seríamos nosotros los que debiéramos tenerles miedo a los perros. Los perros y las mujeres nos parecemos: aunque *nos caguen a pedos,* ahí seguimos, siempre preocupados por nuestros amos.

No todos los hombres matan a sus mujeres, replica.

No son suyas, replico yo.

No hay quien te soporte, sé que quiere decirme.

Creo que es mejor que lo dejemos aquí, dice finalmente.

Me retiro sintiendo una mezcla de derrota y victoria. Son los cuarenta euros mejor invertidos nunca. Estoy deseando volver la semana que viene.

Me enciendo un cigarrillo mientras pienso que ya es hora de dejar de fumar. Tengo treinta y cinco años, por el amor de Dios. Esto ya no es ninguna broma. Le doy dos caladas hondas. El lunes lo dejo. No lo voy a dejar hoy, que es viernes y he quedado con las niñas. Ni mañana, que tendré resaca. Ni el domingo, que es el día que me reservo para mí, y el día en el que me suele invadir una tristeza desoladora. Al menos, puedo fumármela.

De camino a casa dudo tantas veces de si debería subir en Bicing o pillar el metro que, para cuando me doy cuenta, ya estoy llegando. Ese es otro tema del que podría hablar con mi psicóloga, la poca capacidad de decisión que poseo.

Elegir es renunciar, y esto no solo se aplica a las cosas importantes, como cambiar a tu pareja por tu amante o saltar de un trabajo a otro. También afecta a qué medio de transporte público deberías utilizar, a si pides pasta o pizza o a si vas a hacerte las uñas hoy o la semana que viene. O quizá es que las cosas importantes son estas y no las otras. Qué más da un trabajo u otro, si en ambos vas a estar consultando la hora constantemente, esperando a que llegue el momento de cerrar el portátil. En cuanto a lo de la novia y la amante, me parece una temeridad; una amante debería ser siempre una amante, no hay necesidad de fastidiarla, de pasarle de pronto el testigo de novia y que le toque irse de excursión con la suegra. A veces no pensamos con detenimiento las cosas que deseamos.

Eso a mí no me ocurriría, claro, porque yo, de tanto pensar, pierdo el objetivo. Yo podría quedarme sin un trabajo y sin el otro, sin la novia y sin la amante, con una tranquilidad pasmosa.

Cuando al fin llego, dejo el bolso encima de la cama y me dejo caer sobre el colchón un segundo, para revisar Instagram. Una hora más

tarde despierto de una siesta que no estaba en mis planes —es difícil que yo no incluya una siesta en mis planes— y me sorprendo al comprobar que nadie me ha llamado ni enviado un mísero wasap.

Perro me mira con los ojos aún dormidos, esperando que haga algún movimiento brusco que le indique que, de verdad, me voy a levantar de la cama.

Estiro el brazo y le hago un gesto con la mano para que se acerque. Se lo piensa. Vuelve su cara hacia el lado donde no estoy, para no tener que aguantarme la mirada, y yo le chisto para llamar su atención.

Oiga, buenas tardes, lo saludo.

Se vuelve y me sonríe.

Ya sé que los perros no sonríen y que los humanos tenemos absurda tendencia a imponerles nuestros códigos a los animales que amamos, pero yo sé lo que significa ese mohín en su cara y también sé que su talante serio de perro equilibrado no le permitiría hacer muchos aspavientos más.

Perro ronca. Cuando era pequeño dormía en la cocina americana del primer piso en el que viví sola. Legalmente, no vivía sola; en el contrato también figuraba una novia que tuve en los últimos años de universidad. Pero ella se marchó a Londres a estudiar un máster y, durante todo ese curso, nos quedamos Perro y yo solos, acompañados casi todo el tiempo por mi amiga Ana.

Mi amiga Ana sigue siendo, quince años más tarde, una de esas amigas que lloran cuando te ven llorar, que no son tantas.

En aquella época, Ana compartía piso con otros estudiantes, entre ellos un chico con el que tuvo un lío que no terminó demasiado bien. En resumen, nosotras estábamos convencidas de que él era gay y estaba enamorado de su mejor amigo. O eso o tenía un problema que le impedía mantener sus erecciones. Así que, ante la duda, Ana prefirió venirse con Perro y conmigo para no tener que verle ni la cara ni el pene flácido más de lo necesario. Quién sabe si en realidad el problema de que no se le levantara no era ella, que es un poco intensa y a veces asusta.

Perro dormía en la cocina porque yo había leído en alguna parte que

así no tendría ansiedad cuando yo no estuviera en casa. Perro no tiene ansiedad por separación, solo por la comida, y de eso tiene la culpa mi madre, que pasó de no tolerar a un animal cerca a convertirse en una abuela como Dios manda. De lo que ella come, come él.

Ahora que es adulto duerme a los pies de mi cama, a pesar de que ronque.

Ex dice que Perro me ha ganado la partida, pero yo considero que estamos en tablas, porque ya no duerme encima de mi almohada, con su cabeza apoyada sobre la mía. Esa costumbre era incompatible con cualquier otro tipo de relación romántica y con la vida en general.

Me pregunto si las mujeres que duermen con hombres que roncan descansan alguna vez.

Perro es de una de esas razas chatas que padecen apneas y, cuando engorda —siempre por culpa de su abuela—, sus ronquidos son exagerados. Yo he aprendido a dormir con ese sonsonete y a despertarme cuando deja de respirar. Me preocupa que una noche se ahogue y descubrir por la mañana que ha estirado la pata; así que, cuando dejo de escuchar sus ruidos, tengo que levantarme a comprobar que sigue vivo, sea la hora que sea. Podría decirse que desde que vivimos juntos no he vuelto a dormir en profundidad.

Ahora se despereza y, con mucha elegancia —demasiada para un perro que comprime ocho kilos y medio de masa en treinta centímetros de largo—, se acerca hasta el borde de mi cama. Con un movimiento no demasiado ágil posa sus patas delanteras sobre el colchón y, cuando me incorporo para levantarlo, mueve la cola, más despierto ahora, feliz por lo que está a punto de suceder.

Aquí estamos otra vez, solos tú y yo.

Perro me lame la cara hasta que mis lágrimas y su saliva resultan en un mismo fluido.

El final de mi vida iba a ser también el final de su vida. Tardó, a propósito, justo un año en empezar a empeorar.

Tras un primer y único susto, cuando perdió por completo el equilibrio y descubrimos que un tumor se estaba expandiendo por el tejido nervioso de su cerebro, recuperó todas sus facultades y parecía volver a ser el de siempre. Hasta que empezó a notarme a mí mejor. Perro me estaba haciendo el aguante. Hasta que yo no me relajé, él no se relajó. Entonces ya no tuvo que hacerme creer que estaba sano, que me iba a acompañar mucho más tiempo, que el tumor crecía lento y que la veterinaria se había equivocado en su pronóstico. De diez meses a año y medio.

Al cumplirse esos diez meses, yo noté que de verdad se estaba muriendo. Lo veía caminar con dificultad, vivir desorientado. Me aferraba a la idea de que, como no había perdido el apetito, aún no podíamos estar en la recta final, pero Perro podría morir comiendo.

Eso también lo imaginaba. Sin conocer cuál era el protocolo previo a la eutanasia de un animal, cuando supe que su último día en este mundo tendría que elegirlo yo, decidí que lo homenajearía con una última cena. Mi madre, su abuela, compartiría su plato con él, como había hecho siempre, pero en esa ocasión no lo haría a escondidas ni con remordimientos. Yo no la regañaría. Lo sentaríamos a la mesa, como uno más de la familia que era, con un plato de jamón delante.

A la mañana siguiente, un cóctel de barbitúricos le daría la paz que merecía.

Perro llevaba cuidándome casi nueve años y, una vez entendí que me iba a abandonar, solo podía recordar la única ocasión que, después de haberse hecho pis en el sofá cuando aún era un cachorro, le di un cachete en el culo. El ladrido ahogado que dejó escapar, su cara de

desconcierto. Aunque le prometí que nunca jamás volvería a ponerle un dedo encima, no sé si me creyó.

Me costará averiguar cómo vivir con esa duda.

Pero lo más duro de todo es tener un secreto. Hay algo que yo sé y que él no sabe, y eso no nos ha pasado muchas veces. O quizá me lo invento y quizá él sí sepa que se va a morir. Puede que sea cierto que haya esperado a que yo me encuentre mejor para dejarse ir, como yo cuando estaba en época de exámenes y dormía poco y andaba estresada y, al terminar, caía enferma.

A veces no puedo evitar mirarlo y avergonzarme, sentirme un fraude, desleal.

Él me mira con ojos nobles esperando a que me arranque a decir algo, pero no puedo. No puedo explicárselo. Ese mareo que sientes es porque tienes un tumor, no te queda mucho tiempo. Yo no puedo hacer nada, lo siento, no puedo evitarte el tumor ni el mareo ni la muerte. Ya sabes que yo haría cualquier cosa por ti. Quizá el mareo sí podría quitártelo, pero entonces tendríamos que despedirnos ahora. ¿Tú estás preparado? Yo nunca voy a estar preparada. Me podrías avisar cuando lo estuvieras tú, podríamos inventar una consigna igual a todas esas otras consignas que tenemos, como cuando quieres ir a la calle o subir al sofá, como cuando esperas que te lance este peluche viejo para correr a buscarlo. O podemos acabar con esto de una vez por todas. Ya no tienes ganas de pasear, ¿qué otra cosa nos queda? La muerte digna. No quiero que sufras y tú no soportas verme sufrir. Además, he leído que no te va a doler. Me va a doler más a mí, que voy a tener que decidir por los dos. A no ser que inventemos la consigna. Invéntatela, te conozco, sabré lo que quieres decirme.

Al final, siempre termino pidiéndole que, si alguna vez, por casualidad, tiene la opción de reencarnarse, lo haga en una mariquita. Visten trajes de flamenca rojos con lunares negros y a todo el mundo caen bien. Nunca nadie mataría a una mariquita, a nadie le dan asco las mariquitas, le digo.

Además, no es tan usual encontrarse con una, pero tampoco es imposible. Podría ver… ¿cuántas a lo largo de mi vida? ¿Dos o tres?

Esas veces pensaré que eres tú, que pasaste a saludarme.

Abro el chat de mi amiga Ana, porque a alguien se lo tengo que contar.

Me he peleado con mi psicóloga, le escribo.

Vaya por Dios, me escribe ella.

Pregúntame por qué, le escribo yo.

Qué ha pasado, me escribe ella.

¿No va y me dice que hay personas a las que los perros les dan miedo? Como justificando que a lo mejor hay gente que no saluda a un perro cuando este se le acerca porque tiene miedo. Yo le había dicho que no soporto a la gente que no se tira al suelo a saludarlos. Y me responde con esa condescendencia, como si yo fuera imbécil, le escribo.

Ya, y ¿qué le has dicho?, me escribe ella.

Que los hombres matan a las mujeres.

Mi amiga Ana deja de contestarme por wasap y me llama por teléfono.

¿Cómo llevas lo de Perro?, me pregunta.

Mal, le contesto yo, creo que se va a morir ya. O, bueno, no se va a morir, lo voy a tener que matar yo, o mandarlo matar. La veterinaria me ha dicho que vaya y lo valoremos. No sé qué tengo yo que valorar. Que de lo que sé es de dientes, no soy neuróloga. Debería valorarlo ella y dar un veredicto.

No creo que ella pueda dar un veredicto así como así, me contesta mi amiga. Su tono es dulce, está preocupada. Seguramente solo pueda aconsejarte. La responsable de Perro eres tú.

Me pongo a llorar.

Te cuelgo. Voy a llamar a mi madre.

Mi madre se planta en Barcelona en menos que canta un gallo. No la hay más rápida aprovechando la oportunidad de pasar unos días con su hija. Viene sin billete de vuelta porque, claro, no se sabe qué va a pasar.

Mientras la espero, pienso en la de veces que ha hecho ese mismo recorrido, con su maleta de mano y el bolso a juego, las bailarinas y unas gafas de sol Calvin Klein que le regalé hace unos años, después de que la marca me las hubiera regalado a mí a cambio de hacerles publicidad en mis redes sociales. Bueno, en las mías no, en las que compartía con Ex. Esas gafas no me gustan nada, pero mi madre no se las quita.

No llama al timbre; abre con su llave con la intención de darle una sorpresa a Perro. Esta vez nadie va hasta el recibidor a saludarla. No hay fiesta.

Qué lástima, me dice con la voz entrecortada, y automáticamente se tumba en el suelo, al lado de él.

Perro se entera perfectamente de que es su abuela la que tiene delante y vuelve a sonreír.

Vamos a bajarlo, le pido, a ver si quiere hacer pis.

Estos últimos días no ha querido. El tumor le hace perder el equilibrio y no se encuentra seguro levantando la pata, así que lo evita a toda costa. Y se ve que lo de agacharse no va con él, que aun castrado sigue siendo un macho. La veterinaria me explica que él se siente como si estuviera en un barco.

No un barco cualquiera, pienso yo. Debe de ser como aquel en el que nos subimos Ex y yo en México para ir a avistar ballenas. No vomité, pero, en cuanto el barco paró, me tuve que tirar al agua del mareo que sentía, y entendí que aquello era un castigo del karma por cometer

semejante aberración. Dejar a las ballenas tranquilas, nuevo propósito.

Vamos las dos caminando con Perro, al que le hemos puesto un arnés en las patas delanteras y otro en las traseras para ayudarlo a mantenerse en pie. Tardamos treinta minutos en dar la vuelta a la manzana.

Parecemos un paso de Semana Santa, le digo a mi madre.

Esto es maltrato infantil, me contesta.

Me río. Ella se pone a llorar. Yo me pongo a llorar. Ella ríe.

Te lo estoy diciendo en serio: esto se podría considerar algún tipo de maltrato.

Animal, digo yo.

Eso. Este no es un enfermo de cáncer al que se le dan paliativos. Pobre animalito, mi niño, solloza.

Cualquier director podría hacer de esta escena el comienzo de una película, le digo, y ella vuelve a reírse.

Después de cenar con mi madre bajo por la calle Enric Granados hasta encontrarme con las niñas en un restaurante vegano que acaba de abrir en la calle Valencia. *Las niñas* somos un grupo caprichoso. No todas somos veganas, pero casi ninguna de nosotras come de todo. En Barcelona esto es relativamente fácil de resolver, pero cuando viajamos resulta misión imposible encontrar un sitio donde las cuatro celíacas, la vegana, la intolerante a la lactosa y las tres vegetarianas puedan comer.

Las cifras no son aleatorias, son reales. De veinte, solo una toma leche de vaca. Imagínate cómo está cambiando el mundo… El día que vamos todas a cenar nos tenemos que sentar, irremediablemente, por grupos. Las intolerantes, en una punta; las que por política han decidido prescindir de algún alimento, en el medio, y las que comemos de todo, o casi de todo, al otro extremo. No sea que por culpa de una contaminación cruzada alguna se vaya por la pata abajo.

Las que comemos de todo ya no comemos de todo porque una se adapta, o al menos lo intenta. A mí, particularmente, lo de comer carne me produce un poco de ansiedad, pero no por el cáncer que me pueda provocar —si la hipocondría se me olvida cuando me apetece un cigarrillo, con la carne no iba a ser diferente—, sino por los pobres animales. El embutido me da pavor y ver la carne muerta colocada en los estantes de la nevera también, así que solo la como cuando alguien pide unos huevos rotos con jamón, o croquetas.

Si me la ponen delante y tengo hambre, pierdo la moral, esa es la verdad.

El grupo de las niñas no es solo caprichoso para la comida, lo es en general. Si lo dividimos en tercios, a cada orientación sexual le correspondería una porción: un tercio de lesbianas, un tercio de bisexuales y un tercio de heterosexuales. Eso sí, en nuestro grupo no se

habla de penes. No es una prohibición ni un mantra, es que hablamos tanto de coños que no queda espacio para nada más. Lo que tenemos todas en común es que nos importamos nosotras, nuestros coños y nuestros orgasmos, nuestras endometriosis y nuestras relaciones afectivas, sean con hombres o con mujeres. Pero los penes no.

A las que son heteros les gustaría ser lesbianas para poder desligarse completamente de sus afectos por los penes —el concepto de «lesbianismo político» les parece ideal—, y cuando cuentan lo mucho que les pone ser empotradas por sus machos, lo hacen con la boca pequeña. Una pena, la verdad, porque las lesbianas oímos sus aventuras heterosexuales con muchísima curiosidad. Estamos más obsesionadas con el funcionamiento de los penes y con la cópula que ellas.

Una mujer no juzga a una mujer, ese es nuestro verdadero mantra, supongo yo.

Para cuando llego, están a gritos debatiendo, según parece, sobre el poliamor y las relaciones abiertas; y como este grupo humano es así de caprichoso, no se ponen de acuerdo en absoluto. No es que queramos ir de modernas; es tan solo que Barcelona, el veganismo, la intolerancia al gluten y la monogamia nos lo ponen difícil.

En eso no hay discriminaciones, la variedad de opiniones acerca de las relaciones no convencionales no distingue de orientaciones sexuales.

Creo que todas somos más bien convencionales pero distraídas. Algunas nos hemos metido varias veces en ese follón, y el resto, espantadas al escuchar nuestras batallitas, ha decidido que prefiere darse a las viejas costumbres: la monogamia o los cuernos de toda la vida.

Pero ¿cómo es posible que existan más normas en el poliamor que en la monogamia? Me parece delirante, dice la más mayor de todas.

¡Es que en la monogamia solo hay una regla!, le grita la que tiene sentada enfrente.

Pues si ya es difícil cumplir esa sola, como para cumplir más, vuelve a contestar la primera. Yo le he sido infiel a todas mis parejas, menos a la de ahora, sigue diciendo. A la de ahora ya no me atrevería.

¿Pero nunca te apetece acostarte con otro?, la que interviene ahora

está en la fase de consensuar las normas de su nueva relación no monógama con su marido.

La verdad es que no. No tengo tiempo de pensar en acostarme con otro. No quiero pensar en acostarme con nadie. El sexo en sí me da bastante igual.

¿Cómo te va a dar igual? Eso es porque estás enamorada de tu novio, le dice una cuarta.

Yo estoy enamorada del mío y quiero follarme a todo el mundo, replica la casada.

Yo no vuelvo a pasar por eso, añade una de las bisexuales. Al final, terminas enamorándote de la nueva, y tu novia, por mucho que la quieras, pasa a un segundo plano. Quien diga lo contrario miente. Y no puedes ni estar bien con tu novia ni enamorarte libremente. Para eso, me enamoro de la nueva y, si se acaba, se acabó. A por otra.

A eso se le llama «monogamia en serie», le digo, que viene a ser lo mismo que la no monogamia.

Pues yo de lo que paso es de estar celosa todo el día, dice de nuevo la primera. Que vais todas de modernas, pero luego no podéis con los celos.

Todas asienten.

¿Y tú has tenido ya la cita con esa que tenía novia?, me pregunta una.

Mañana, creo.

¿Y no te da pereza que tenga novia?

Ahora mismo yo no puedo ser una novia, así que mejor que tenga una, sentencio.

Todas asienten.

O sea, que mañana follas, me suelta otra.

Ni loca.

Entre las muchas cosas que comparto con las niñas está la sensación de suciedad que nos invade al recordar ciertos encuentros sexuales. A todas nos ha pasado alguna vez. No es el sexo en sí lo que nos hace sentir sucias, sino la persona con la que compartimos la experiencia. No nos pasa, por supuesto, con todas las personas con las que nos hemos

acostado. Solo con aquellas con las que se supone que no debimos hacerlo.

Que esté bien o mal acostarse con alguien siempre es subjetivo, pero una sabe cuando algo no habría tenido razón de ser en un contexto diferente.

El contexto diferente puede ser desde no ir etílica o desesperada hasta encontrarse estable emocionalmente.

Sucede cuando te acuestas con alguien de quien te avergüenzas, dice una de las niñas.

Es, más bien, cuando te follas a alguien aun sabiendo que esa persona está robando, le espeta otra.

El concepto «estar robando» llegó a mí hace escasos meses y se me presentó como una de las revelaciones del año. De pronto, lo entendí todo. En esta sociedad solo hay dos maneras de efectuar transacciones carnales —en las deseadas, se entiende—: o las personas involucradas en el encuentro se consideran mutuamente merecedoras del acceso al cuerpo de la otra, al mismo nivel, o hay una que está robando.

Para que nos entendamos: se da cuando en una pareja hay una descompensación obvia de atractivos. Viene a ser parecido a aquello de dar el braguetazo, pero enfocado a lo sexy.

Lo de robar o que te roben también es subjetivo en la mayoría de los casos, pues las parejas casi siempre se compensan por algún lado. Además, cada cual tiene su vara de medir. Muchas podríamos considerar atractivo a alguien por cómo viste o por la música que escucha: por lo tanto, para poder saber quién está robando a quién y ser jueces del posible robo, tiene que tratarse de bellezas universales.

Se debe poder valorar a simple vista.

A este juego jugamos todas. Pero si estamos etílicas, o desesperadas, o emocionalmente inestables, corremos el riesgo de que sean las otras las que nos roben; porque bajamos la guardia, nos dejamos agasajar, engañar, querer.

Y luego pasa lo que pasa, que un día te levantas y la sospecha que tenías se convierte en una realidad que se presenta ante tus ojos *crystal clear*: te están robando. Y todo se acaba, en principio. Porque no puedes

continuar después de haber tenido esa revelación, porque hay algo que no te cuadra, porque no te vas a enamorar, porque quieres seguir jugando a ver si consigues ser tú quien robe.

Nadie debería comprometerse con nadie si sospecha que merece algo mejor.

Así que por fin reconoces que aquella tía con la que estuviste unos meses liada y con la que te acostabas un día sí y diez no, y que notaba que apenas te apetecía follar o que no la deseabas tanto como ella a ti, y que se ponía de mala leche al darse cuenta, y a la que al final tú terminabas por hacerle creer que sí, que tenías muchísimas ganas de tener un momento de pasión con ella, porque te sabe mal y le has cogido cariño y porque eres una mujer y no estás programada para rechazar, y que entonces se corría y te decía que qué bien, que no follar era lo que la ponía de mal humor mientras tú te quedabas mirando al techo seria porque a ti lo que te ponía de mal humor era justamente ella, ella en su intimidad, o ella en tu intimidad..., que aquella tía, en definitiva, te está robando.

Y la dejas, porque eres adulta y tampoco necesitas muchas citas más para darte cuenta de que, de pronto, no quieres que te toque, y les cuentas a tus amigas que la has dejado porque no te gusta lo suficiente y porque el sexo con ella está empezando a darte repelús por eso, porque no te gusta lo suficiente.

Pues ese repelús es el repelús que no se te quitará nunca. Es un repelús que aumentará con el tiempo, por mucho que cortes todo vínculo, por mucho que no la vuelvas a ver en tu vida. Te detestarás al pensar que te dejaste engañar, o que te metiste tú sola en la boca del lobo, o de la loba, de una loba a la que, ahora que estás sobria o mejor de la cabeza, no se te ocurriría siquiera ver como una posibilidad.

Por lo tanto, la única precaución que debes tomar para no sentirse sucia recordando intercambios sexuales del pasado es olvidarse del aquí te pillo, aquí te mato, olvidarse también de probar cosas nuevas y olvidarse de saltarse todas las señales que te dicen que no, que por ahí no es, aunque tú creas que estás cambiando y que ya no te importa tanto si la persona en cuestión ha dado un palo al agua en su vida, ni si

lleva un tatuaje horrible que se hizo con su mejor amiga cuando acabaron el colegio, ni si es la tía más aburrida que te hayas echado a la cara.

A ti todo eso te importa, nunca ha dejado de importarte, no te engañes. Solo estás más sola, más deprimida o más desesperada y has bajado la guardia.

Con las únicas personas con las que nunca te asaltará esa desagradable sensación será con aquellas con las que tuviste claro que estaban a la altura de lo que tú creías ofrecer. Creías, matizo, porque a lo mejor tú eres peor que lo que tienes delante.

Pero todas somos así, no te hagas mala sangre. Y, entendámonos, estamos hablando de sexo consentido, consensuado, deseado y bien resuelto.

Lo único que te puede hacer sentir sucia en estos casos es haberte traicionado a ti misma.

Tienes que sacarte ya esa tontería de la cabeza, me dicen las niñas, que están deseando que eche un polvo de una vez por todas.

Ex había intentado muchas veces encontrar en mí algo que ya no existía y ahora yo pretendía aferrarme a un recuerdo.

¿Me quieres?, le preguntaba yo.

Pero ella ya nunca contestaba.

Claro que me quieres, porque yo te quiero a ti más de lo que nunca podré querer a nadie.

Y sin embargo.

Con la luz del sol de agosto el color de sus ojos era aún más claro. Una nunca sabe cuándo será la última vez que podrá mirarse en los ojos de la otra, mirarse de verdad, vaciarse dentro. Hacía demasiados veranos que esa mirada no era para mí, pero todavía sabía reconocerla.

El verano está para enamorarse a fin de cuentas.

Se reía con todos los dientes y las mejillas le ardían. Estaba feliz, creo.

Yo hacía demasiado tiempo que me sentía triste. Y ni el verano ni el sol ni el calor conseguían que me riera como ella. Siempre fui un poco melancólica, a decir verdad.

No era culpa suya, de ninguna de las dos. Tan solo habíamos crecido y ya nunca volveríamos a ser lo que fuimos.

Esa realidad empezaba a pesarme como una losa.

La observaba en silencio, desde la distancia.

No soporto cuando te hablo y no contestas, me dijo. Esa vez no se reía.

Con el paso de los años me había quedado sin cosas que decir. La conocía más a ella que a mí misma, y a veces eso también me entristecía.

La idea de dejarlo ya estaba deambulando por mi mente. Ella llevaba más tiempo que yo pensándolo, buscando formas de poner distancia, de

probar la vida sin mí, sin ella conmigo, aunque no me lo dijera.

Yo ya odiaba el futuro que estaba por venir.

Quizá si nos centramos tan solo en nuestro amor, propuse.

Quizá.

Pero ya era demasiado tarde, incluso para hacerse las preguntas pertinentes.

No me has echado de menos, no de esa forma, sentenció justo al volver de un viaje.

Yo, irremediablemente, lloré.

No la había echado de menos de esa forma. La había echado de menos de todas las formas menos de esa.

Ya no podíamos continuar como si no pasara nada.

Nos tomamos unos días para pensar, aunque en lo único que yo conseguí concentrarme fue en calcular la cantidad justa de ansiolíticos que podría tomar sin sufrir una sobredosis.

Aunque ¿y qué si la sufría? ¿Sería tan grave si mi vida terminase ahora? Había amado y me habían amado. Había sido feliz, obscenamente feliz. A lo mejor era un buen momento para decir adiós. No pasar por todo lo que me iba a tocar pasar.

10 mg. Cuatro veces al día.

Los adultos nos chupamos. Es algo que carece de sentido leído así, fuera de contexto —incluso contextualizándolo cuesta—, pero es que el sexo es raro. Como esos niños que chupan las barandillas de los columpios y se llevan la tierra del parque a la boca, los adultos ponemos la nuestra en las partes más inverosímiles de otras personas, a muchas de las cuales, a veces, apenas conocemos.

A menudo, contar de dónde venimos o a dónde vamos nos resulta más íntimo o perverso que lamernos de arriba abajo.

Me pregunto por qué lo haremos. Por qué queremos sumergirnos en esos escenarios llenos de fluidos y olores. Alguien nos ha debido de vender muy bien que eso podría ser divertido para que nos apetezca despojarnos de todo lo aprendido durante años, como lo de que la fruta hay que lavarla antes de comerla, y nos lancemos de cabeza a ingerir toda la sal que un cuerpo puede segregar; si no, no lo entiendo.

Hay personas que ni siquiera se duchan a diario. No es que yo sea una maniática de la higiene personal —bueno, a lo mejor un poquito sí —, pero hay personas que realmente no conocen el pudor y se prestan a los otros en cualquier condición.

Y yo puedo entender que tú no sudes, o que sudes poco, que nunca huelas y que con un poco de desodorante tires millas, pero en el fondo, en el fondo, no estás limpio del todo. El esmegma existe, aunque no se vea. Luego, otra persona llega y pretende chuparte, y no se da cuenta de que igual no te has duchado y te chupa a ti y a tu yo de ayer, y a lo mejor hasta al de antes de ayer. Yo qué sé, a mí no me parece justo engañar a alguien así. Sería mucho más honesto explicarse, oye, hoy no he tenido tiempo de pasar por el balde, y ya que la otra persona decida. O no intentar camuflarlo, al menos que se note a simple vista, así la gente preserva su poder de decisión.

Hay dos señales que para mí son alertas claras y me obligan a sospechar de las rutinas higiénicas de alguien. También tengo que decir que si a ese alguien lo conoces de una noche, estas alertas no funcionan muy bien, a no ser que tengas unas cualidades extraordinarias para incorporar en la conversación las preguntas pertinentes: cada cuánto se lava el pelo y si se cepilla la lengua.

Con lo del pelo no siempre se atina, tienes que tener un ojo clínico, pero lo de la lengua no falla. Y a mí, dentista de formación, nadie me engaña con eso.

Hay personas que no se cepillan la lengua y eso es una cerdada intolerable. Que yo ya sé que eso nadie te lo explica y que hay quien ni sabe que debe hacerse, pero a mí eso no me importa, porque yo sí lo sé, y no hay nada que me dé más asco que una lengua sucia.

Lo peor que te puede pasar en esta vida es besar a alguien, que luego se ría a carcajadas y darte cuenta de que tiene la lengua blanca. Así que como norma me he impuesto no morrearme con alguien con quien no me haya partido antes de la risa.

En el sexo también hay cosas que, más que asco, me producen vergüenza ajena. Por ejemplo, así de primeras, a mí no me van las muecas forzadas y los gemidos que parecen alaridos o maullidos de gato. Será porque todo lo que me recuerda al porno y a ese rollo de la *punished girl* me incomoda, y también porque opino que, cuando no conoces a alguien lo suficiente, siempre es mejor quedarse corta que pasarse. Yo qué sé, a mí es que tanto gorgorito me cuesta creérmelo y hasta me despista, pierdo la concentración.

Me imagino a nuestras madres y abuelas haciendo semejantes actuaciones y pienso si no será esto algo nuevo que se nos ha enseñado a las mujeres de ahora.

Que gemir y gritar está muy bien, claro que sí, tampoco es que vayamos ahora a follar en un estricto silencio o que tengamos que ser recatadas en la cama, pero, en serio, hay alguna que se tomó la lección al pie de la letra y se pasa con la *performance*. Yo, cuando me he visto en esas, siempre he pensado en el porno y en esos hombres que creen que las mujeres estamos deseando que nos revienten, en el sexo como

correctivo. Me dan ganas de decirle a la que sea que no hace falta, que por mí no haga tantos esfuerzos; al contrario, que las tías que me han parecido más sexis siempre han sido las más naturales.

Pero esas cosas no se suelen decir al principio, que es cuando una las piensa; con el tiempo, en el sexo la *performance* es hasta necesaria.

Esta es la etapa de mi vida en la que he pasado más tiempo sin sexo. Hasta ahora no me ha apetecido. Todo eso de chuparse y *performar* y compartir la intimidad y tener que dormir abrazada a alguien de quien apenas conoces el nombre no me parece que corresponda. Pero estar soltera es difícil. No me extraña que la gente concatene relaciones, que después de una ruptura salten enseguida a otra; es de ahí de donde vienes, es a lo que estás acostumbrada. Volver a ser tú misma, a estar tú sola, es un ejercicio que no todo el mundo puede resolver. Yo lo hago porque me lo debo y porque, aunque quisiera, el cuerpo no me acompaña para nada más. Me he creado un búnker con él y no voy a dejar a nadie entrar con tanta facilidad. Mejor soltera que mal acompañada. O mejor soltera que acompañada, a veces.

Tengo una amiga que dice que lo de aprender a estar sola es un camino de ida. Que una vez empiezas a disfrutar de ti y de tu tiempo, te cuesta mucho más compartirte. Podría ser. A lo mejor todo eso de tener pareja y del amor romántico es solo una estrategia del sistema para que nos dé miedo estar solos y sigamos engendrando criaturas que sean esclavas del capitalismo. Yo ya me creo cualquier cosa. Probablemente, el truco está en pasar este calvario como el que se desintoxica de una adicción, sabiendo que luego seremos libres, que cuando nos desquitemos de tanta imposición, nos esperará otra forma de vivir totalmente distinta a la que pensábamos que nos haría felices. La felicidad podría estar en una misma y en una vida lenta que no vaya a ninguna parte.

Necesito observarla una vez más, hacer un repaso. Algo en ella me atrae, pero aún no soy capaz de adivinar qué. La forma en que entrelaza sus dedos con los cubiertos, por ejemplo.

Podría gustarme, pienso. (No ahora. No tan rápido).

Sonríe todo el rato de una forma casi infantil, pero no parece una niña, para nada es una niña. Y si lo es, cierto esnobismo impropio de su edad lo disimula. Eso y que habla como si ya lo supiera todo. O consigue que yo crea que se las sabe todas. No me incomoda, al contrario, me parece divertido. Adivino cierta pretensión en su actuación, pero también puedo entrever algo inocente en sus maneras. Una niña que juega a ser una mujer, una mujer que aún no se ha dado cuenta de que ya no es una niña.

No tengo que mirarla de reojo, se deja leer, pero disfruto especialmente los instantes en que se concentra en algo que no soy yo, en la conversación, que a veces parece más un monólogo, en la porción de comida que va a llevarse a la boca o en un anillo con el que decora una de sus manos (me gustan sus manos), el cual gira con suavidad, viciando la circunferencia. Me interesa su perfil, tan opuesto al mío. Ninguna de las dos menciona las diferencias entre nosotras; hemos preferido volcarnos en la coincidencia de las similitudes, como si estas anunciaran una posibilidad, ¿de qué?

En realidad, esa posibilidad no existe. Yo lo sé, ella debería saberlo. Solo quiero jugar si ella lo sabe.

Háblame de ella, me pide.

No me molesta que me pregunte. Sí me ha molestado en otras ocasiones, cuando las que me preguntaban eran otras, pero esta vez tengo la sensación de que solo intenta hacerme sentir bien. O verme vulnerable, a lo mejor.

Me quedo un momento en silencio, pero ella no parece tener prisa, así que en un arrebato de sinceridad, quizá porque ella es la que tiene novia y considero que eso me otorga potestad para comportarme de una forma en la que no me comportaría con otra que no la tuviera, le hablo de ella.

La primera noche sin ella no fue la primera noche que no dormimos juntas, me arranco, pero sí fue la primera de un montón de noches en las que dejó de estar al otro lado de la cama, nuestra cama, la que me quedé yo porque a ella en su nuevo piso no le cabía.

Nuestra cama a mí sí me cabía y elegí llevármela porque a mí, nuestra cama, me gustaba, un nido de dos por dos en el que me refugié los últimos meses, esos en los que ya sabía que se iba a ir, que yo también me iba a ir, y que me confirmaron que debía llevarme nuestra cama o no podría volver a dormir nunca más, condenada a estar despierta todo ese montón de noches que estaban por venir, en las que dormiríamos solas, en las que ella dormiría con otras, yo dormiría con otras. Esas otras ya no serían las otras nunca más.

Ella fue más fuerte que yo y me recordaba que sería bueno para ambas cerrar esa etapa cuando yo flaqueaba y le decía que no, que no quería estar sin ella, que debíamos intentarlo un poco más, que nuestra historia no podía terminarse así, sin que hubiera habido ningún detonante, sin que hubiera pasado nada.

Justo porque no ha habido ningún detonante y porque no pasa nada ahora es el momento, me contestaba.

En algún momento ya se le vendría encima la verdad, una verdad que yo anticipaba, que la vida la una sin la otra sería una vida a medias, un montón de días con todas sus noches donde nos echaríamos de menos y nos odiaríamos a partes iguales.

Ella lo necesitaba rápido y yo iba lenta, tan lenta que preferí no moverme de nuestra cama, aunque ella ya no estuviera allí. La iba a perder para siempre. Ella no lo sabía; yo sí. Nos íbamos a perder y con nosotras se iban a perder todos los años compartidos. Porque la voluntad no bastaría, porque la vida nos iba a pasar por encima y nos iba a arrollar y a reducir a un montón de recuerdos que ni siquiera

serían fiables, que inventaríamos para poder sobrevivir, porque siempre es mucho más fácil así.

Esa noche debimos haber hecho el amor, pero no volvimos a hacerlo nunca más. De entre todas las cosas que hicimos bien, esa fue una de ellas. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo hicimos. Quizá en aquella terraza, aquel día de las primeras semanas de verano, cuando yo estaba tan preocupada por que alguien pudiera vernos desde algún balcón vecino. No era solo eso lo que me impedía dejarla hacer: una parte de mí ya sabía que ese polvo era un *bonus track* y esa idea no me dejaba concentrarme. A ella le daba igual e insistió en que era imposible que nos vieran. No he vuelto a follar en una terraza. Supongo que ella tampoco folla en las terrazas, fuera de la seguridad de las paredes de su habitación, de la habitación de alguien. Es un miedo compartido.

Al igual que puedo recordar la primera vez, quisiera poder recordar la última para demostrarme a mí misma por qué ya no funcionaba. Disfruto hurgando en la herida, rascando la costra y haciéndola sangrar.

Te prometo que hubo un momento en que pensé que era mejor que pasase cuanto antes. Que conociera a alguien lo más pronto posible, que se enamorase, que me echase de menos y quisiera volver a estar conmigo. Que ambas lo hiciéramos. Ella me lo decía, no iba a conocer nunca a nadie como yo. No iba a querer nunca a nadie como a mí. Solo teníamos que darnos cuenta de que eso que decía era verdad.

Esa primera noche esperé a quedarme dormida, por si por casualidad me escribía, por si le entraban las mismas dudas que a mí y volvía a casa y me decía que ya no lo tenía tan claro, que había salido ahí fuera y que el mundo era mucho más gris y triste y peligroso cuando no estaba conmigo. Pero ella fue más fuerte que yo y no dudó. Y yo no le volví a plantear mis dudas.

No me dejes sola haciendo esto, me pidió una tarde.

Y yo lloré otra vez, no dejaría de llorar durante meses, y me enfadé con ella, y conmigo, con las dos, por habernos permitido llegar hasta ahí, por no haberlo visto venir y no haber reaccionado a tiempo. Lloré

y me abrazó. Hacía días que no nos abrazábamos, pero ahora no podíamos no hacerlo. Ya no teníamos que probar a tomar distancia; la distancia era un abismo que ya no podíamos sortear. Lloró conmigo, por mí y por ella. Nos hablamos bonito.

No me dejes de querer, ¿vale?

Eso es imposible.

Cuando más dudaba ella de si la quería, más la estaba queriendo yo.

Ahora voy a entrar, me advierte.

No sé qué debo esperar, porque, de espaldas a ella, me resulta imposible adivinar de qué modo tratará de abordarme.

Desde hace unas semanas nos vemos intermitentemente, y desde hace unas semanas también no dejo de tocarme anticipando la próxima noche.

Ni siquiera es del todo de noche, pienso, no hemos conseguido llegar a la noche.

Hemos hablado durante horas acerca de las cosas más nimias. Ella ha mendigado la información que la ayuda a entender de qué manera puede consolarme y yo he intentado dejarme querer sin culpa.

Mi amor…, me susurra al cuello.

El calor de su aliento me inquieta, pero no me vuelvo para mirarla, tampoco le respondo. No es lo que quiere de mí. Tan solo espero paciente, como le había prometido que haría.

Dejaré que hagas conmigo lo que quieras, le había dicho.

En realidad, nunca la dejaría hacer conmigo lo que quisiera, pero cada vez está más cerca de creerlo.

Recorre con su boca mi nuca, los hombros, toda mi espalda hasta llegar a la altura de las caderas, que sujeta con fuerza hasta acercarlas a su cuerpo, obligándome a arquear la columna. Siento su lengua entre mis piernas y sé que va a tomarse su tiempo. No me importa que me haga esperar, es parte del juego.

Hazte cargo. Eres responsable de mi urgencia, le digo —yo también sé jugar—.

Y ella se hace cargo, a pesar de no ser la única de quien tiene que hacerse cargo.

Me llama mi amor y no duda. Y es que eso soy, supongo, su amor, su

amante.

Imagino ese título en el tiempo y su desgaste, su obsolescencia. Cuánto tiempo pueden ser dos personas solo amantes. Qué se supone que se debe hacer y qué no para mantenerse ahí. Cuándo me empezará a incomodar la jerarquía que yo misma he aceptado, a sabiendas, y qué debo hacer entonces, ¿ponerme impertinente o huir? Ninguna de las dos va realmente conmigo. Acostarme con otras, ocuparme en otros escenarios, consolarme en otros cuerpos.

Yo no voy a ser una eterna amante, eso sí lo sé. Aun cuando eso es todo a lo que aspiro, al amor a espuertas y nada más, no sabré defenderlo para siempre.

Asumo que, llegado el momento, podría incluso fantasear con convertirme en algo imprescindible para ella de la forma en que antes había decidido que odiaría serlo. Imprescindible sin retorno, en un sentido diferente al que ahora lo soy, cuando se muere por mí de una manera casi literal y se siente frustrada cuando no puede verme, y le arden los dedos cuando no me está tocando. Ahora que se enfada consigo misma por creer que no me está dando lo suficiente, aunque en realidad no haya nada en ella que no sea ya mío. Que siente celos al imaginarme besando otras bocas.

Yo no ansío el tedio de la rutina ni que me elija una y otra vez cuando ya no me desee. Esa imprescindible no soy yo.

Ni pretendo eternizar el tiempo en que va a amarme, pero ya me estoy poniendo a mí misma en preaviso: si empiezas a anhelar ser algo más, te estarás convirtiendo en algo menos.

Nunca se muestra vulnerable. No lo necesita. Nadie quiere reducirse así delante de su amante, y ella ya tiene a otra persona con quien compartirse de esa forma. No hay en la salud y en la enfermedad en nuestro caso.

A mí nada me importa demasiado. Ya tengo suficiente con soportarme, con mantenerme con vida.

En la vida real yo habría sido compañera, pero ahora el cuerpo no me permite acompañar a nadie más que no sea a mí misma.

Me quedaré con la mejor parte, con la única parte que puedo

gestionar.

Esta también es la vida real, me dice ella.

Pero me cuesta creerla. En mi vida real yo tengo a alguien que aún ocupa demasiado espacio en mi cabeza, una pena dentro que ya no se me derrama a borbotones, pero que permanece enquistada en algún lugar, un pasado y un futuro. Este presente no es la vida real, tan solo una transición a ella.

Ha llegado directa desde el aeropuerto. Es la primera vez que no pasa por el apartamento de su novia y viene directamente a mi casa.

He tenido que negociarlo, advierte buscando un reconocimiento por mi parte.

No me lo tomo como una batalla ganada, ni siquiera había reparado en ello.

Me había exigido que estuviera descansada para recibirla. No tenemos tantas horas juntas por delante, así que su plan es no cenar, no dormir, no salir de la cama hasta el momento en que tenga que marcharse.

Llama al telefonillo a eso de las once. Yo la espero en pijama. Nada más llegar me coge la cara entre sus manos y me besa con hambre. Otra vez su lengua dentro de mi boca, sus manos jugando con el borde del pantalón, el calor y la humedad.

Así, con mi cuerpo reposando entre la pared del pasillo y el de ella, no tengo tiempo de pensar. Tampoco importa, he puesto mucho empeño durante las últimas semanas en hacerle saber que esto es lo que necesito. Esperaba justo eso, que no pudiera aguantarse las ganas, que las ganas que me tiene se le desbordaran de las manos.

Que puedan reconocerte fastidia mi fantasía de follarte en una de esas hamacas donde se tumban los guiris cuando van a la playa, me susurra.

Me llevaré un pareo, entonces, soluciono.

Un rato más tarde estamos compartiendo un cigarrillo.

Cuando te guste alguien, ¿me lo dirás? No planees un gran evento, tan solo dímelo, no hace falta que sea cara a cara.

Le respondo que sí, que por supuesto, evitando caer en la tentación

de decirle que no me gusta nadie, que no creo que vaya a gustarme nadie nunca, que ni siquiera me apetece. Que ya tengo bastante con que me guste ella, si es que realmente me gusta.

Pero esto te pasa ahora porque estás jodida de la cabeza, me recuerdo. En la vida real te gustará más gente, querrás acostarte con otras, cuando ya no tengas miedo, cuando menos te lo esperes; no le hagas creer que será la única, que será la primera, que te conformarás eternamente con ser su amante y nada más —ojalá poder ser una amante y nada más—.

Tampoco le digo que ahora me funciona así. Que me funciona tan bien que hasta me sorprende. A lo mejor es que estoy mucho más cuerda de lo que imaginaba. ¿Cómo podría haber salido de una relación de tantos años para meterme en otra? ¿He aprendido yo de una vez por todas a protegerme a mí misma, a hacer lo que más me conviene? Lo único que me preocupa realmente es mi independencia. No volver a perder mi identidad, no volver a ser esclava de un compromiso, no volver a tener que consensuar con otra persona las decisiones que determinarán mi vida. Y, a su vez, no quiero que nadie dependa de mí, nunca más.

La soledad ya no me asusta; de hecho, se me antoja atractiva.

Eso tampoco se lo digo.

No estás enamorada.

¿A qué viene eso?

Porque te conozco. Te he visto enamorada y ahora no lo estás.

Pero no me has visto ahora, rechisto.

Te veo todo el tiempo. Te he visto enamorada hasta las cejas. ¿No te acuerdas ya?

Claro que me acuerdo. Una vez compartimos una novia. A la suya, para ser más precisas. Su novia la dejó a ella primero y a mí después. O quizá fue al revés. Y ambas aprendimos a querernos como lo hacen las hermanas, o como las parejas que llevan muchos años juntas y ya no se acuestan. Como una mezcla de las dos, desde la distancia pero con precisión.

Es cierto, me ha visto enamorada. Nadie mejor que ella conoce cada gesto que me nace en la cara cuando lo estoy. Y nadie se siente con tanta potestad para decirme algo así.

Tú no quieres una novia que tenga una novia, contraataca. Te puede parecer divertido un rato, pero en realidad a ti te gusta proyectar.

Ahora te aseguro que no quiero proyectar, me defiendo.

Ahora no porque no puedes. Pero está en tu ADN. Al final, vas a querer lo que queremos todas, el *pack* completo. La boda, la casa y los hijos.

¿Qué boda?, me río. No tengo argumentos con los que rebatir.

Ahora necesitas libertad. Poder decidir, hacer lo que necesitas en cada momento.

Asiento.

Pues una amante, o como la quieras llamar, que tiene una novia es lo menos parecido a ser libre.

Pero yo puedo hacer lo que quiera, le explico.

Pero ¿qué vas a hacer? Si aún no has sido capaz de descargarte Tinder. No estás ahí, amiga. Y tampoco puedes llamarla un día y pedirle que se pase a tomar una cerveza, porque quizá tiene un plan con su novia. ¿No lo ves? No eres libre. Todo está calendarizado, no existe la espontaneidad. Siempre te quejas de que cuando os veis tiene que ser todo muy intenso porque hay que aprovechar el tiempo que tenéis.

Eso me agobia, le doy la razón.

Si estuvieras realmente enamorada, no te agobiaría. No te agobiabas conmigo y ni siquiera follábamos. Preferías desayunar en mi casa con *la innombrable* con tal de pasar más tiempo con ella, aunque estuviera yo por ahí. Pero, esta vez, a su novia ni la conoces.

Lo hablaré con mi psicóloga.

Tu psicóloga va a decirte lo mismo que yo, que tienes que sacarte a Ex de la cabeza. Y que te descargues Tinder.

Eres muy pesada con Tinder, lo sabes, ¿no?

No tengo ninguna intención de descargarme una aplicación para ligar, pero esa conversación me deja pensando y, la verdad, quiero saber qué se cuece. Es inapropiado, lo sé, pero llegada a ese punto me dan lo mismo el capitalismo, el consumo de cuerpos y personas, la inmediatez o haber perdido la paciencia. Encontré al amor de mi vida en una *app*, por lo que no seré yo quien reniegue ahora de ellas. Al contrario. Funcionan, de eso no cabe ninguna duda: la gente folla y la gente encuentra pareja. Si las parejas duran poco es porque ya no tenemos ganas de aguantar lo que hemos visto aguantar a nuestros padres; la manera de conocerse no tiene nada que ver en eso.

Me descargo Tinder y me prometo no ser benevolente. Es absurdo, ya no te sientes sola, estás sexualmente satisfecha y encima estás tratando de controlar esa ansiedad galopante que consigue que la culpa que has sentido después de acostarte con algunas personas se convierta ahora en un obstáculo para la vida funcional.

No quieres gente que trafique con tu intimidad, no debes fiarte. Pero tampoco vas a quedarte encerrada para siempre. Aunque, bueno, encerrada tampoco es que estés; no paras de salir. Solo estás harta de

trasnochar y beber y de que todo el mundo te parezca insuficiente. La gente no es horrible, es que a ti no te encaja nadie porque crees que nadie va a estar a la altura. ¿A la de quién? Mejor no te hagas esa pregunta.

El funcionamiento de Tinder es como el de cualquier otra aplicación o red social: de una forma u otra, te genera adicción. Hay gente que rehúye desinstalársela una vez encuentra pareja y yo estoy convencida de que no es por miedo al compromiso, sino porque son adictos. Al igual que consultamos constantemente si tenemos nuevos mensajes de wasap o nuevos *likes* en Instagram, también comprobamos si hemos hecho *match* o si hay gente nueva en nuestro radar. No es que tengamos tantas ganas de echar un polvo, es que no sabemos aburrirnos.

Descarto a todas las personas que ponen textos descriptivos largos: no te conozco, no tengo tanto interés en ti como para leerme lo que opinas de ti misma y siento que te has tomado demasiadas molestias.

Descarto también a todas las que están en relaciones abiertas —eso ya me lo conozco—, a las que usan la palabra «holístico» indiscriminadamente, a las que llevan pantalones pitillo casi a la altura de las rodillas —esos que no son pirata, pero lo parecen—, a las *darks* —no son mi rollo—, a las megaproducidas —soy más de caras lavadas —, a las que solo tienen fotos haciendo deportes de aventura —qué necesidad—, a las que dicen que son de gatos o de perros —como si hubiera que elegir—, a las que salen en todas las fotos posando —¿quieren ser *influencers*?—, a las que tapan las caras de sus amigas con emojis, a las que buscan algo casual y a las que salen medio desnudas.

No sé para qué me he metido aquí.

Estás en modo *hater*, que lo sepas, me dice la que un día fue mi metamor.

Entre la vida y la muerte hay una ruptura.

He estado deambulando por ese gris lo que me parece demasiado tiempo. Sospecho que ella también.

Las cosas más sencillas se convierten a veces en las más complicadas.

Como cuando conducía y cogía mi mano y la ponía entre la suya y la palanca de cambios. Parecía un gesto simple, automatizado, y, sin embargo, ahora reconozco su complejidad. Se concentraba tanto en la carretera que los ojos se le secaban, entonces parpadeaba mucho y yo le acariciaba la nuca, intentando relajar la tensión de su cuello. Ella agarraba con firmeza mi mano hacia el final de su recorrido, la apretaba contra su mejilla ligeramente sonrosada por el sol y la ponía sobre la palanca, entrelazando sus dedos con los míos para sujetarla. La aguantaba así mucho rato, casi el resto del trayecto. No le importaba quién estuviera sentado detrás, cómplice o ajeno a nuestra intimidad. Cuando se perdía en sí misma, necesitaba sentirme cerca.

Darnos la mano no era algo que hiciéramos de manera simbólica, algo que se cuenta *a posteriori*: «Nos dimos la mano durante todos esos años». Nos dábamos la mano porque nos acompañábamos, pero nos la dábamos también para reafirmarnos. Cuando discutíamos, también resolvíamos así. Ella me la extendía y yo se la agarraba con fuerza y tiraba de ella hacia mí hasta conseguir abrazarla. Eso era más eficaz que cualquier otro intento de consensuar. Nosotras no consensuábamos. Ella imponía y yo imponía, y nuestro margen de maniobra era cogernos de la mano. Parar la debacle en un solo movimiento.

Aquella vez que íbamos en el tren, cuando ya no estábamos juntas y nos peleábamos por todo y por nada, tuve la tentación de cogerle la mano. No lo hice porque supe que, si ese gesto ya se hubiera tornado en algo fuera de lugar, no sería capaz de soportarlo. Me detuve en la

intención y guardé mi mano en el bolsillo.

De pronto, todo eran un montón de por si acasos. Por si acaso, no le cojo la mano; por si acaso, no le cuento que esto me hace daño; por si acaso, no le confieso que la echo de menos.

Qué estamos haciendo, pensé. Si yo no soy sin ti y tú no eres sin mí, si tu mano y mi mano se entienden mejor de lo que nos hemos entendido nosotras estos años. Dame la mano, supliqué para mis adentros.

Me cambié de vagón para descansar de ella y al rato apareció. Retiró mi bolsa del asiento contiguo y se sentó a mi lado. Después lloró acurrucada en mi pecho.

Te odio. Lo dijo como en una confesión, sin levantar la mirada. Si no te odio un poco, no podré pasar página.

Hazlo, si es lo que necesitas.

El resto del viaje fuimos agarradas de la mano, en silencio.

¿Tú crees que bebemos para *tapar* algo?

Lo que me faltaba.

Yo creo que hay varias maneras de afrontar un duelo y que las personas normales se decantan por una de las dos más habituales: o te das a la vida sana, o te das a la mala vida. Pero yo, como no soy normal, y como odio elegir, me quedo en el medio. Quizá por eso los tríos siempre me han funcionado bien. O tal vez sea porque soy hija única y he sido el vértice en el matrimonio de mis padres.

Claro que bebemos para tapar algo. La primera cerveza es la que necesitamos todas. Es el premio por la vida de esclavas que llevamos. Ay, el capitalismo otra vez. Una jornada de ocho horas, o más, para luego volver casa —si es que tienes la suerte de trabajar fuera de ella, porque, si no, son ocho horas trabajando sentada enfrente de tu novia, que aún lleva puesto el pijama, el mismo con el que se despertó y trabajó ayer— y tener que poner lavadoras, sacar al perro, prepararte el táper.

Si no te bebes esa cerveza, podrías pensar en pegarte un tiro en la sien.

La segunda cerveza —o si, como yo, te pasas al vino, la primera copa de vino— es la que disfrutas de verdad, sin ansiedad.

Y la tercera.

Vale, y la tercera. Todas las demás —la cuarta, la botella de agua entre medias para destilar más rápido y la quinta—, esas son para tapar algo.

No somos alcohólicas, pensamos, porque hay días que no tomamos ni una gota de alcohol, pero cuando estamos jodidas, no sabemos parar.

Yo tengo muchas cosas que tapar. Mi miedo a volver a enamorarme. A haber tirado a la basura los últimos años de mi vida. A que me hagan

daño. A que el «para siempre» no exista en realidad. Miedo a ir corriendo a ninguna parte. A que un día me apetezca tener hijos y sea demasiado tarde o a tenerlos con alguien y que salga mal. A que sean drogadictos o me odien. A tener una hija y que la violen, o a tener un hijo que viole a la hija de otra. Sobre todo me da miedo no encontrar a alguien que esté a su altura.

Porque yo no dije que estuviera bien de la cabeza. Es más, sé que no lo estoy y disfruto mucho de no estarlo, porque puedo tomarme mis licencias. Todo el mundo las respeta. Fumo y bebo y lloro y duermo a deshoras porque por las noches apenas puedo; tengo pesadillas.

Las pesadillas son todas parecidas. Cuando estábamos juntas, a veces soñaba que le había puesto los cuernos y me despertaba gimoteando y se lo contaba con voz de niña, y ella me abrazaba y se reía de mí. A veces era ella la que soñaba que yo me había muerto o que me habían secuestrado, y que nunca más volvíamos a estar juntas. Ahora también son así, pero sin cuernos, ni muertes, ni secuestros. Y sin final feliz. Son tan solo el sueño de la pérdida, pero, cuando despierto, es aún peor porque todo es verdad. Despertar llorando sigue pareciéndome algo inexplicable. Nunca he entendido bien si despierto primero o si ya estaba llorando mientras dormía.

Es verdad que las cosas van mejorando. Entiéndeme, nada está mejor, soy yo la que lo hace. Tengo trucos. Drogas naturales. El cerebro necesita serotonina para encontrarse bien, así que yo hago todo lo que está en mis manos para segregarla: hacer deporte y tener orgasmos. Cuando no follo, me masturbo. Entre semana no bebo. Las resacas las paso dormitando, pues generalmente me producen ansiedad. No es tener resaca lo que me hace tener ansiedad, la ansiedad convive conmigo a todas horas; pero, cuando tengo resaca y estoy cansada y deprimida por el alcohol, tengo menos herramientas para controlarla. Una buena resaca ha llegado a generarme grandes ataques de pánico, así que los primeros meses de mi recién estrenada vida sin ella las pasé con un cuartito de Alprazolam.

Más tarde pensé que, en lugar de tomarme un ansiolítico de rescate, quizá lo que debería hacer es beber menos. Pero yo quería ser «normal»

y para mí lo normal, si salgo por ahí, es beber.

A lo mejor la vida también me estaba intentando decir algo por ese lado.

Así que el duelo lo afronto según me lo pide el cuerpo. Unas semanas saliendo, bebiendo, con resacas y crisis de ansiedad; otras semanas madrugando para ir al gimnasio, leyendo y bebiendo Coca-Cola Zero Zero.

Dice mi psicóloga que esto no es una línea recta, que más bien es como un trayecto en montaña rusa: tú vas hacia arriba, pero por momentos hay bajones.

Estoy harta de los bajones. A estas alturas ya no debería tenerlos.

Claro que sí, me dice mi psicóloga, el cambio es enorme, en todos los aspectos. Y la ruptura ha sido demasiado larga.

¿Cómo lo hace la gente? ¿Se dicen adiós un día y se acabó?

Muchas parejas sí, otras tienen recaídas, me explica. Eso lo hace más lento.

Nosotras no hemos tenido recaídas.

Ya, pero habéis tardado en soltaros. Y es normal, soltar del todo duele mucho.

Pero no hacerlo duele más.

«Quien tenga miedo a morir que no nazca». La frase la leo en varias ocasiones por las redes sociales y siempre me parece de una absurdez extrema. «Que tenga miedo a morir quien nazca» sería más acertado. Leo también a un experto que explica en un periódico nacional que quizá fue la ansiedad la que ayudó evolutivamente a la especie humana. Que, a lo mejor, esos que siempre estaban en alerta fueron los que consiguieron ponerse menos en riesgo, a cuenta de ser más precavidos, y que por eso ahora hemos heredado tal patología, porque somos los ansiosos los que sobrevivimos. El humano es un animal enfermo, entonces. Sin embargo, tener miedo a morir me parece de una cordura tan digna que no comprendo en qué momento se viraliza dicha frase.

Nadie eligió estar aquí, somos todos producto del deseo o del desliz de otros. Esto ya debería eximirnos de tener que cargar con la responsabilidad de ser felices o de vivir sin miedo.

Cada cual que haga lo que pueda.

Sufrir un ataque de pánico te coloca en un lugar de tal vulnerabilidad que avergüenza. Tú te asustas y las personas a tu alrededor que no han sufrido nunca ninguno también. Es difícil explicar que tu cuerpo te está mandando señales inequívocas de que estás a punto de palmarla. Temblores, parestesias, sudores fríos, palpitaciones o mareos, todo parece la antesala de un paro cardíaco, aunque ni sepas lo que se siente al padecer uno. También hay quien siente que está perdiendo la cabeza, que se va a volver loco.

Y no es para menos. Que se te duerman las manos o que tu corazón vaya a mil por hora, y que suceda de repente, da miedo. Además, la cosa empeora tras el primer ataque, porque empiezas a vivir esperando el próximo; por lo tanto, te hiperobservas y, en cuanto notas algún

signo parecido, entras en el bucle. De ese bucle es muy difícil salir. Hay muchas técnicas, ya lo sé, pero la realidad es que a mí, una vez se me activa el mecanismo de la ansiedad, no hay quien me saque de ahí. Mis felicitaciones a los que lo hacen por sí mismos.

Para mí el truco está en conseguir no entrar, no llegar a ese punto. El pensamiento positivo. Esto es una jodienda porque el pensamiento positivo pocas veces sirve para algo. La supervivencia también pasa por ponerse en lo peor, en todos los aspectos. Esperar a que el semáforo se ponga en verde aunque no veas ningún coche acercarse, tener un fondo de emergencia por si te echan del trabajo, volver a casa de noche por las calles más iluminadas, con el número de emergencia marcado y la geolocalización enviada a todas tus amigas y a tu madre.

Quien no tiene miedo a morir es un inconsciente. Porque tenerle miedo a la muerte es una cosa, pero al momento de morirse es otra.

Yo no me quiero morir, tengo esa suerte. Sin embargo, la muerte me parece una suerte de descanso. No sé cómo alguien puede desear vivir eternamente; me parece demasiado atrevido.

Lo bueno de sufrir ansiedad es que no me permite tomar drogas recreativas. Solo pensar en meterme alguna sustancia que me va a producir taquicardia, me va a deshidratar y de la cual no hay manera de revertir el efecto salvo dejando pasar el tiempo ya me provoca dificultad para respirar. Las probé en su día, claro, cuando era más joven, y tengo que confesar que me da cierta envidia la gente que puede tomarse alguna un día para hacer la gracia.

Inconscientes pero felices.

Las drogas se toman porque son divertidas. A no ser que seas una de las niñas y no tengas ni idea de cómo funciona la metabolización de un fármaco y le des más chupaditas al eme de la cuenta. Entonces ya nada es divertido. Entonces tú estarás a punto de subirte al coche después de salir de un concierto con tu única amiga sobria, que es la que conduce, a eso de las seis de la mañana, encantadas ambas con la idea de haber sobrevivido tres días y tres noches de festival a base de cervezas y, como mucho, un par de bebidas energéticas, cuando tu antigua metamor te llama para decirte que una de las niñas se ha caído y que si

no se ha desnucado es de puro milagro. Que, por favor, hagas todo el recorrido de vuelta desde el aparcamiento porque, claro, solo sois tres de diez las que no habéis hecho el imbécil con las drogas y, casualmente, las tres sois sanitarias.

Por favor, yo no tengo ni idea de qué hacer. Vuelve, te dice tu metamor.

Y tú vuelves porque conoces a tu metamor lo suficiente como para saber que, si te está llamando, es que el tema es grave, y te encuentras con un grupo de adultas disfuncionales alrededor de otra que está tirada en el suelo bocabajo, simulando la postura de una silueta que podría haber dibujado la policía científica para dejar muestra de la posición de un cadáver.

La accidentada en cuestión no se mueve y grita como un bambi cada vez que hace el intento.

¿Puedes mover las piernas?, es lo primero que le pregunto, no sea que la cosa esté peor de lo que de primeras parece.

La accidentada mueve las piernas arriba y abajo como si le estuvieran haciendo cosquillas en los pies mientras me grita a pleno pulmón que el problema es su brazo derecho, que cuando se mueve le duele tanto que no piensa despegarse del suelo.

La que conduce está visiblemente enfadada, pero también se arma de paciencia y se tira al suelo con nosotras.

Si te levantas, vamos con el coche a urgencias, intenta tranquilizarla.

Pero no hay nada que hacer.

A las siete de la mañana estoy de copiloto en una ambulancia que nos lleva al hospital más cercano. La que conduce está transportando, en dos tandas, al resto de las niñas a la casa donde dormimos. Luego vendrá a recogerme a urgencias.

La enfermera que atiende a mi amiga, a la que habría que subirle el sueldo tras esa noche, intenta contenerla. La accidentada cree que me susurra que la enfermera es «una puta». Cree, porque la enfermera se entera perfectamente y a mí se me cae la cara de vergüenza de ser «el familiar» de semejante energúmena.

Que somos feministas, por Dios bendito, le susurro yo.

Lo que le pasa es que quiere ir al baño y no la dejan. La enfermera, agotada, y con razón, me trae una silla de ruedas y me dice que a donde sea que necesite ir la lleve yo, que a ella no le pagan para aguantar a drogadictas.

Nos damos un paseíto por urgencias. La llevo al baño y luego hasta la sala de rayos para que le hagan unas placas. Tengo que ayudar a la técnica porque la accidentada no es capaz de sostenerse de pie, así que por precaución hay que sentarla en otra silla.

No hay fractura. Bien.

La dejo tumbada de nuevo en la camilla y salgo un momento a buscar a las niñas, que ya han llegado. Son las ocho de la mañana.

Las tres que estamos decidimos que hay que llamar a su novio, que para eso lo tiene. Ya es una hora pertinente para que nos haga el relevo. Nos da un ataque de risa cuando les explico el numerito de la enfermera y otro al vernos a las tres llenas de purpurina y en ese estado, a nuestra edad.

Hasta las diez de la mañana no aparece el novio, que se lo ha tomado con calma. Culpa mía, también te diré, que soy muy buena dando malas noticias y he conseguido no asustarlo.

Cuando por fin llegamos a la casa, me doy una ducha y me meto en la cama. Estoy agotada, pero me resulta absolutamente imposible quedarme dormida. Mi compañera de habitación ha caído en combate, lo que me pone más nerviosa. ¿Qué pasaría si no puedo dormir nunca más? ¿Hay alguien que haya muerto alguna vez por no dormir? No busques en Google, no busques en Google, no busques en Google.

Tengo que salir de esta habitación.

Bajo hasta el salón y me encuentro con otra de las niñas, que se vuelve ya para Barcelona.

¿No prefieres dormir directamente en tu casa?, me pregunta.

Es demasiado tentador, pero la ansiedad ya se me ha disparado y lo único en lo que puedo pensar es en que no quiero morir sola en mi piso.

Subo las escaleras corriendo y, llorando como una cría, despierto a mi mejor amiga, que está durmiendo con su novia. La asusto, claro. Y la

puteo, porque debe de llevar durmiendo unos treinta minutos a lo sumo.

No puedo respirar, le digo dando hipidos. Me quiero ir a casa.

Tómate algo, me dice mientras me abraza. Hago la bolsa y nos vamos.

Siempre me ha dado miedo tomar ansiolíticos habiendo bebido, pero en ese momento pienso que, si tanto eme no ha matado a mi amiga, eso no me va a matar a mí, que hace ya unas siete horas que estoy bebiendo agua.

En menos de veinte minutos estamos en el coche mi mejor amiga, su novia y mi compañera de habitación, la que conducía, que harta de todo el numerito de esa noche ha decidido que también se va para casa.

El ansiolítico empieza a hacerme efecto por el camino. Perro me mira enfadado, sé que no entiende por qué hemos tenido que abandonar tan abruptamente esa casa con jardín.

A eso de las dos de la tarde mi mejor amiga y yo nos metemos en mi cama, pedimos unas hamburguesas, nos ponemos una serie en Netflix y nos quedamos dormidas hasta la noche.

Desde entonces no he vuelto a tener otro ataque de ansiedad.

Me deslizo a la izquierda y automáticamente ella me habla. No tengo expectativas hasta que descubro que la he visto antes en alguna parte. Hablamos un poco, lo justo para cerciorarnos de que podríamos resultarnos interesantes, que es lo mismo que asumir que podríamos hacernos daño. Cumple todos los *checks* que me he autoimpuesto para que me apetezca quedar con alguien, así que le propongo.

Me gustan las primeras citas, dice.

Sé que va a hacer lo imposible para que no descubra lo que por nada del mundo querría que supiera de ella; y a mí intentar adivinar lo que esconde me parece un reto divertido.

Ella viene con una idea preconcebida de mí y se asombra con las diferencias.

En las fotos nunca te ríes, me dice sorprendida de que, ahí sentada, lo haga todo el rato.

Las redes sociales mienten, le contesto, tratando de zanjar cualquier posibilidad de conversación acerca de estas.

Me hace cambiar de mesa tres veces.

Soy maniática para estas cosas, me explica.

Es maniática para muchas otras más, pero yo accedo a sus peticiones sin oponer resistencia. Aunque la prejuzgo.

Igual está loca, escribo a mis amigas desde el baño.

Perfecto, me contestan ellas, te gustará.

Me pregunta cómo llevo la ruptura, cuánto hace que vivo sola. Entiendo que necesita saber en qué punto estoy.

Hace un año, ya estoy bien. Miento un poco en lo segundo, esta vez no me interesa dar muchos detalles.

Si la miro detenidamente, juega con su pelo, tratando de esconderse, y esa timidez me produce una ternura precipitada.

Me pregunto entonces qué es lo que me gusta de una mujer. Me he enamorado de las más atrevidas, de las más arrogantes, de las más introvertidas, de las más dulces. Pienso que igual me enamoro del lugar en que, según sean ellas, me coloco yo.

En este caso, ella es más una mujer que yo, o al menos sabe *performarlo* mucho mejor. Probablemente, esta sensación me la produce el hecho de que sea bisexual.

Me cuenta, para no asustarme, que, en el fondo, las prefiere a ellas, que ellos nunca la terminan de convencer.

Yo me río y ella me acompaña con una media sonrisa mientras me pregunta qué es lo que me hace gracia de su afirmación. No le digo que me ha hecho recordar a una conocida que pone en cuarentena a las chicas bisexuales con las que se va a la cama, por prevención. No quiero que piense que soy una de esas lesbianas que tienen problemas con la bisexualidad de sus amantes.

Me explica también que, aunque podría terminar con un chico, no podría renunciar a tener algo con una mujer nunca más.

Por eso no creo en la monogamia, afirma.

A mí lo de la no monogamia ya me trae de vuelta, lo de la bisexualidad menos. Claro que he tenido historias con chicas bisexuales, pero la realidad es que con las que he terminado teniendo algún tipo de relación no eran bisexuales practicantes. Lo fueron en algún momento, pero casi ninguna podía recordar la última vez que había estado con un hombre.

Ella se está viendo con uno.

¿Podemos hablar ya de lo que tenemos en común o nos vamos a hacer las tontas?, me pregunta.

¿Es necesario?, rechisto. Tú te liaste con ella, yo me lie con ella, no hay mucho más de qué hablar.

Sí, y nos liamos todas en la misma época, me contesta. ¿Me odiabas?, continúa.

Para nada, le aseguro. Solo te *stalkeé*, a ver quién eras.

¿Y qué?, se ríe.

Pensé que eras guapa y me dio un poco de rabia, confieso.

Yo te dejé de seguir, confiesa ella.

Y ahora, ¿me vas a volver a seguir?, le sonrío.

Ya veremos.

Me habla del horóscopo y de su psicoanalista, y entonces me doy cuenta de que ya me está empezando a hacer gracia. Con cualquier otra esto habría podido ser motivo suficiente para no tomármela en serio; sin embargo, le presto toda mi atención. A lo mejor soy muy básica, pienso, y me salto mis propias reglas cuando se me pone delante una cara bonita. La verdad es que siempre lo he justificado absolutamente todo en pos de la belleza. Nunca me ha importado demasiado todo lo demás, por eso es de suma importancia tener una *check list* previa a una cita, unos mínimos que se deben cumplir, para no perder la cabeza solo por la cara si esta es bonita: que sea educada, que tenga una red de seguridad, que sea independiente.

El dueño del bar me reconoce y nos regala una tabla de quesos.

¿Esto te pasa a menudo?, ahora sí se ríe abiertamente.

A veces.

Nos alargamos con la conversación y los vinos, y, cuando empiezan a cerrar, me sugiere que vayamos a un bar cercano a tomar una última copa.

¿A qué hora te levantas mañana?, le pregunto.

Ahora no quiero pensar en eso.

Es tímida, pero tiene carácter. Hay algo diferente en flirtear con una mujer que solo se relaciona con mujeres a hacerlo con una que también lo hace con hombres. Supongo que a ellos les presuponen la intención y actúan en consecuencia. A lo largo de la cita tienen que decidir si quieren continuar hacia donde él desearía o si se plantan. Me da la sensación de que es lo que está haciendo ella conmigo.

Se pide un *moscow mule* y yo la acompaño con un *whisky sour*. Ahora ya no estamos sentadas enfrente, estamos una al lado de la otra, lo suficientemente cerca como para contemplarnos los detalles.

Tú también eres guapa, me piropea.

¿Te parece?, le contesto riendo.

Clava su dedo índice en el hoyuelo que asoma en mi mejilla

izquierda y sorbe de su copa.

Al devolver sus ojos hacia mí me mira fijamente y yo asumo que no me rechazaría si me atreviera a besarla. También me doy cuenta de que tengo que ser yo quien dé ese paso, pero quiero tomarme el tiempo de saber si es lo que realmente me apetece, no hacerlo porque sea lo que se supone que viene después de ese momento de falsa intimidad.

Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja. La palma de mi mano puede cubrir toda su cara y se lo digo.

Tu cara es pequeña. Sin embargo, tus ojos y tus dientes son grandes.

Vuelve a reír. De hecho, no ha parado de reírse durante toda la noche.

Claro que me apetece besarla, así que me acerco en un movimiento lento, hasta posar mi boca sobre la suya. Ella me recibe con suavidad.

Cuando salimos del bar, es casi la una de la mañana. Por un momento nos surge la duda de qué hacer a continuación. Ella propone que nos sentemos en el escalón de un escaparate en mitad de paseo de Gracia, a la misma distancia de su casa que de la mía, a decidir. Por el camino vamos tonteando y me avisa de que no se me vaya a ocurrir cogerla de la mano, que ella no se coge de la mano. Yo no tenía pensado hacerlo, pero su prohibición me despierta las ganas. Nos tocamos y besamos con relativa naturalidad. No quiero que venga a casa porque al día siguiente madrugo y la mejor herramienta que tengo para controlar la ansiedad es descansar bien. Me conozco.

Tengo que trabajar y no me apetece ir de resaca con cara de haberme pasado la noche follando, me excuso.

¿Crees que no dormiríamos nada?, intenta provocarme.

Pero yo ya he tomado la decisión.

Estoy convencida.

Juega a hacerse la rechazada, pero me dice que lo entiende; que, de hecho, tengo razón, no dormiríamos nada.

Yo le prometo que se lo compensaré la próxima semana.

Amar a dos personas a la vez debe de ser muy difícil. Sobre todo agotador. No estoy segura de si las personas tenemos una capacidad para amar infinita. Porque querer es una cosa, pero amar, lo que se conoce como amar, es otra. Y enamorarse ya ni te cuento. De eso estoy totalmente convencida. Una se enamora de una persona cada vez. No nos da para más. Y me molesta que se mienta al respecto, me molesta que la gente se confunda y trate de confundir a los demás. Tú no me amas, tú me deseas. Y ese deseo que sientes hacia mí te hace creer que me amas. Pero el amor, el amor de verdad, eso viene después del deseo, va más allá de él. El amor, para nacer, necesita que el deseo fenezca. Tú amas a tu novia, a la que no renuncias, y estás enamorada de mí. No es que sean incompatibles; simplemente no son la misma cosa y no hay necesidad de mentir.

Amar a alguien y estar enamorada de otro alguien al mismo tiempo también es duro, para la que así se siente y para el resto de los afectados. De repente, el amor se vuelve precario, porque el tiempo que tienes para dedicarle se reduce, se controla, se divide. Y cuando una se enamora, lo quiere y lo necesita todo, las antiguas rutinas incomodan, todas las demás personas que no son ella incomodan.

¿Se puede amar a dos personas a la vez? Puede que sí. ¿Se puede estar enamorada de dos personas a la vez? Me dirás que por qué no. Pero la realidad es que incluso aquellas a las que he visto promulgarlo, más tarde o más temprano se han desdicho.

Al final, una siempre se decanta y, generalmente, el enamoramiento es el gran derrotado. Es más difícil cortar con la vida que te lleva uniendo a alguien desde hace años que con un futuro incierto, por mucho deseo que sientas. Ni siquiera es con la persona que amas con la que es más duro terminar, sino con lo construido.

Porque enamorarse está bien, pero ¿a costa de qué? ¿Qué hacen todas esas personas que son infieles? ¿Cómo lo hacen? Débiles que sucumben al deseo.

Pienso que a veces las no monogamias solo son una forma chantajista de ser infiel con permiso. Yo quiero follarme a otras, quiero enamorarme de otras, pero no te quiero perder. Yo lo quiero todo. Siéntete culpable tú si no eres lo suficientemente progresista como para acompañarme en esto. Siéntete culpable tú si no sabes gestionar tus celos. Yo no te miento; por tanto, estoy exenta de culpas. Aunque tú estés destrozada. Te estoy destrozando y, aun así, continúo.

¿Puede una decidir si se permite enamorarse o si no? ¿Se deben justificar todos esos cuernos, todos esos abandonos, tanto dolor y tanta precariedad a cuenta de habernos enamorado? ¿Es el enamoramiento algo incontrolable o preferimos creer que lo es para sentirnos menos culpables? A lo mejor, enamorarse es una línea roja que no siempre deberíamos cruzar.

¿Cómo les puedes pedir paciencia a las mujeres de las que te enamoras?, le pregunté una vez a mi amante. ¿Cómo les exiges que respeten los tiempos marcados por la relación que tienes con tu pareja?

El amor ha de ser paciente, me respondió.

No creo, repliqué yo. El amor es urgencia. El enamoramiento lo es.

Eso es el deseo, no el amor, corrigió.

¿Cómo les puedes pedir paciencia cuando tan solo te desean?

Yo sabía que ese «tan solo» la incomodaría.

Para que puedan llegar a amarme.

Yo no quiero que me amen, pienso. Para amar hay que estar preparado y yo no lo estoy, así que tampoco lo exijo.

Ni siquiera es que no lo exija, es que ni lo espero ni lo necesito.

Empiezo a sospechar que a mi amante no le satisface que me sienta tan cómoda con su vínculo principal, con ser la segunda en una jerarquía, que no me vuelva loca de celos cada vez que pasa tiempo con su novia. Creo que incluso echa en falta eso de mí, que le encantaría verme fuera de mis casillas alguna vez, sufriendo al no saberme la única. A lo mejor se sentiría más segura si yo montara un numerito de

vez en cuando.

Pero yo no sufro y eso la desconcierta un poco.

Yo nunca he sentido celos de las parejas de mis amantes. Nadie en su sano juicio podría tener celos de las parejas de sus amantes si conoce cómo opera el deseo. El deseo establece una jerarquía que coloca a la amante en el escalafón más alto. Como amante, tú eres todo lo que la otra anhela, lo que anhela aún con más ansias justo porque existe otra persona, una responsabilidad suprema que no le permite vivirte con la intensidad que su deseo requiere. Te tiene a cuentagotas, con medidor, pero tú sabes que a ella podrías tenerla siempre, de cualquier manera, aun cuando no está contigo y está con ella. Que esté con ella y no contigo no es algo que quiera hacer, es algo que elige hacer para preservar un vínculo que va más allá del deseo que siente por ti. Eso no te debería hacer sentir incómoda, es pura lógica.

Sin embargo, sí he sentido celos de las amantes de mis amantes. O de sus posibles amantes. De todas y cada una de ellas. Cuando me he enamorado, he sufrido al reconocer el deseo de quien era deseada por mí enfocado en otros cuerpos que no eran el mío. Fue entonces cuando sentí que las amaba a todas, que las amaba de verdad.

Ahora sé que todo era una ilusión, porque cuando he amado realmente, desde la seguridad de saberme la primera, he sabido disfrutar de ver a la otra libre.

Cuando amaba tanto que ya no deseaba.

Mi mejor amiga me pega un golpe en la espalda que casi me deja sin respiración, pero yo lo siento como la muestra de afecto más sincera que he recibido en mucho tiempo.

Nos parecemos, somos cuidadoras sin ser invasivas. No nos tocamos ni osamos llamarnos con apelativos cariñosos, antes «nos pegamos un tiro en la concha», que diría ella. Cuando nos saludamos, nos abrazamos porque es lo que se hace, pero no sin cierta incomodidad, como cuando eres pequeña y te toca darle un beso a un pariente que ni conoces solo porque tu madre te lo exige.

Nosotras hemos impuesto el abrazo como saludo porque no nos ha quedado más remedio, nos decimos que nos queremos solo cuando hay que decirlo y nos damos golpes en la espalda para expresarnos cariño. Con todo, somos el lugar de seguridad la una para la otra. Y nos compartimos la vida abiertamente, sin ningún tipo de filtro.

¿Tú te das cuenta de todas las cosas buenas que has hecho para con las mujeres? Ya se ha tomado un par de cervezas y cuando nos tomamos un par de cervezas siempre nos ponemos un poco intensas. Ahora ya fue, vas a seguir haciéndolas, solo que desde otro lugar.

¿Pensarán que he desistido de la lucha?, desde hace unas semanas tengo esa duda.

De la lucha no puedes desistir. Estás atravesada por ella.

Creo que estoy hasta el coño de las redes sociales, le digo.

Desde que te conozco estás hasta el coño de ellas, me dice.

Yo no estoy ya para hacer bailes en TikTok, le digo.

Yo antes me mato si tengo que hacer un baile en TikTok, me dice.

No hace falta que lo jures, le digo. ¿Y esta ansiedad nivel manía persecutoria que manejo?

¡Que te olvides ya!, me grita. Que no se puede vivir haciéndole fotos

a todo lo que una come.

Las redes sociales y la exposición que suponen son duras. Yo las amo y las odio a partes iguales. Nuestra relación es como cualquier otra relación tóxica: me hacen daño, pero también me brindan momentos de placer que me mantienen enganchada. Vamos a rachas.

Creo que empecé a reconciliarme con ellas en el momento en que ya no me sentí dependiente, ahora que sé que si un día desapareciera de la esfera digital mi vida continuaría sin que casi se me moviera un pelo.

Es que no sé por qué ahora parece que todo el mundo tiene que hacer bailes en TikTok, le digo.

¿Tú crees que la gente que te sigue, que te aprecia tanto, te va a querer menos si no haces bailes en TikTok?, me pregunta.

Mi mejor amiga me da un golpe en la espalda que casi me deja sin respiración, pero yo lo siento como la muestra de afecto más sincera que he recibido en mucho tiempo.

La veterinaria nos ha dado cita un lunes por la tarde. Vamos en taxi. Perro no puede caminar hasta allí.

Cuando pasamos al interior de la consulta, él hace lo que hace siempre, sacar toda su energía y buen humor y comportarse como si nada le sucediera.

Normalmente no está así, le explico a la veterinaria.

Ella me responde que ya lo sabe. La he estado taladrando con mensajes en busca de respuestas durante las últimas dos semanas: ¿Qué hago si no hace pipí? ¿Cómo se está sintiendo él? ¿Cuánto tiempo nos queda?

Lo subimos a la mesa para que lo explore. Ella se toma su tiempo.

Creo que ya ha llegado el momento, vaticina al fin. Está perdiendo la visión de este ojo.

Mi madre y yo nos miramos.

¿Cómo funciona?, pregunto con un hilo de voz.

Podéis hacerlo ahora o, si lo preferís, os lo lleváis y volvéis en unos días.

¿Así? ¿Tan rápido?, pregunta mi madre sorprendida. Pues ya, ¿no?, propone.

No vamos a velar al muerto en vida, ¿no?, dudo.

No sé… O volvemos mañana, rectifica ella.

No, mamá, va a ser aún peor.

Es verdad, va a ser peor. Es una tontería postergarlo.

¿Estáis seguras?, pregunta la veterinaria. Nosotras asentimos. Entonces me lo llevo para prepararlo.

Pero ¿se hace aquí? ¿Como si fuera una cura ambulatoria?, pregunto, porque no entiendo nada.

Sí, ahora me lo llevo, le cojo una vía y lo hacemos aquí. Os dejaré

mientras unos papeles que tenéis que firmar.

¿El consentimiento?, pregunto. La cabeza me va a mil revoluciones.

Sí, y también si vais a querer las cenizas.

¿Cómo que si vamos a querer las cenizas?, ¿no te las quedas siempre?, pregunta mi madre.

No, o se incinera con otros animales, o se le incinera a él solo y se recuperan. Es un poco más caro, pero muchas personas prefieren tenerlas, nos explica ella cuidadosamente.

Nos las quedamos, nos las quedamos, le contesto.

¿Quedárnoslas para qué?, mi madre no está convencida.

Yo qué sé, mamá. ¿Lo vamos a incinerar ahí con todo el mundo?

No, eso no.

Nos las quedamos y ya veremos qué hacemos con ellas, sentencio.

La veterinaria nos sonríe, coge a Perro con suavidad y se lo lleva para dentro. Él ni se inmuta.

Va a pasar, ¿eh?, le digo a mi madre.

Es lo mejor para él. Esto ya no tenía ningún sentido.

Quince minutos más tarde la veterinaria vuelve con Perro envuelto en una manta de flores rosa y una vía puesta en la pata delantera izquierda. Él viene feliz, comiéndose una chuche, ajeno a lo que está sucediendo, y eso me produce una inmensa tristeza.

Esta mañana le di un cruasán entero, me confiesa mi madre por lo bajini.

Menos mal, le contesto yo.

Os dejo un rato para despediros, nos dice la veterinaria mientras nos acerca un tarro repleto de premios. Puede comer los que quiera, no interferirá.

Parece que me haya leído el pensamiento.

Me arrodillo delante de Perro, que está subido en la mesa metálica, y lo beso. Mi madre ya está llorando.

Toma, haznos una última foto. Le tiendo mi móvil.

Anda que vaya sitio más feo para morir, me dice ella.

¿Qué esperabas, que lo eutanasiaran en una suite del Mandarín?, le contesto.

Ella cabecea mientras se pelea con el aparato.

¿Me das un besito?, le pido a Perro. Él me lo da solo para que lo deje tranquilo. Está entretenido masticando la chuche. Escucha, acuérdate de lo de la mariquita. Mariquita, ¿vale?, le repito varias veces. Es de suma importancia que lo tengas claro. ¿Está rica? ¿Quieres otra?

Le doy tres. No lloro, no quiero que me vea llorando. A Perro nunca le importó tener que visitar al veterinario, para él era como cualquier otra aventura. No puedo fallarle ahora y contagiarle mi preocupación.

Gracias por estos años, le susurro. Él me mira con paciencia, como si supiera a dónde pretendo llegar. Hemos sido muy afortunados.

La veterinaria aparece y a mí me da un poco de vergüenza seguir hablando con mi perro. Lo importante ya se lo he dicho; en realidad, se lo digo cada día a todas horas, que no sé qué habría sido de mí este año sin él, que ya no tiene por qué seguir aguantando, que estoy bien, que cuando lo saqué de aquella jaula de cristal y me lo llevé a casa yo aún era una idiota que no sabía que comprar animales era una perversión, pero que, aunque ahora no lo volvería a hacer, no me arrepiento ni un poquito de haber sido tan idiota. Que lo quiero, que lo quiero mucho, más que a muchas personas, más que a casi todas las personas.

¿Estáis listas?

Mi madre y yo decimos que sí con la boca pequeña. Listas, lo que se dice listas, no lo vamos a estar jamás.

¿Preferís quedaros o iros?

Yo me quedo, afirmo.

Yo también, me secunda mi madre.

La veterinaria ha traído con ella unas cuatro o cinco jeringas de barbitúricos.

No os asustéis, él no va a notar nada, nos explica. La primera ya lo va a sedar, así que no se va a enterar. Solo tenéis que saber que es posible que sufra algunos espasmos y que luego se quedará con los ojos abiertos.

Miro a mi madre.

Yo creo que mejor me voy, me dice con los ojos llenos de lágrimas.

Claro, no te preocupes, ya me quedo yo, la tranquilizo. Entiendo que

esto pueda ser demasiado para ella.

Luego lo vuelve a pensar y decide que no, que también se queda. Creo que lo hace por no dejarme sola. Se quita el abrigo y se sienta en una silla al final de la sala. Yo no me levanto del suelo. Mantengo mi frente pegada a la frente de Perro y le voy hablando mientras le sujeto la pata que tiene libre. En cualquier otro momento habría intentado zafarse, pero ahora no lo hace. Estaremos juntos hasta el final.

Con la primera inyección los ojos se le empiezan a poner en blanco, como si tuviera mucho sueño. Verdaderamente no se está enterando de nada. Con la segunda parece que se haya quedado dormido. Es con la tercera con la que da un pequeño espasmo y se deja ir.

Ya está, ya ha muerto, sentencio. Lo conozco y sé que ya se ha ido.

La veterinaria le pone otra inyección más, o probablemente fueron dos más, no soy capaz de recordarlo, y el cuerpo de Perro reposa inerte sobre la mesa fría. Ahora ya no parece mi perro, sino más bien un peluche. O un cadáver. Puedo imaginar el peso muerto de su cuerpo.

Es una sensación muy extraña, digo, llorando al fin.

Es normal que te sientas así, me consuela la veterinaria. Suele pasar.

Es la primera vez que tengo un contacto tan cercano con la muerte. Hace unos minutos estaba vivo, su cuerpo estaba vivo, y ahora ya no es nada. No puedo explicar cómo me siento, pero hay algo que sé que se ha roto, una barrera de lo físico. Miro a Perro y me imagino la carne que te pides para cenar en un restaurante antes de despellejarla. Despojado así de toda su identidad, de quien es él, veo a un animal como el de cualquier otra especie, de esas que no han tenido la oportunidad de ser consideradas para hacer compañía a los humanos. Qué les estamos haciendo a los animales, pienso.

Mi madre interrumpe mi divagación interna cuando se acerca para besarlo.

Ya está frío, me dice.

Le hago una foto, no sé por qué. Creo que porque algo me dice que igual algún día querré mirarla.

La veterinaria nos pregunta si necesitamos más tiempo, pero las dos concluimos que ya está bien. Salimos de la consulta con los ojos rojos y

pienso que todo el mundo debe de estar notando nuestra pérdida.

En quince días te llamarán para recoger las cenizas, me dice la recepcionista de un modo tan aséptico que entiendo que ya está acostumbrada a esos trámites.

Nos vamos paseando hasta casa y por el camino tiro en la basura las correas de Perro.

¿Estás loca?, me riñe mi madre, y vuelve a cogerlas. ¿Cómo las vamos a tirar? Las guardaremos por si tienes otro perro.

Mamá, si tengo otro perro le compraré una correa nueva, tampoco hace falta que herede.

Me da igual, no vamos a tirarla. Esta correa se la regalé hace nada.

No rechisto. Cada una tiene derecho a hacer el duelo a su manera, así que me las vuelvo a guardar en la tote.

Nos sentamos en una terraza y nos pedimos ambas un whisky con Coca-Cola, ella normal y yo *light*.

Yo esta noche me voy a tener que tomar un Lexatin, me dice mi madre.

Es una suerte poder morirte mientras las personas que siempre te han cuidado te acompañan. Es como el mundo al revés, le digo yo.

Son las seis de la tarde de un lunes cualquiera y Perro ya no está.

Me invita a tomar unos vinos en su terraza con la excusa de las vistas. Yo sé que terminaremos en la cama, porque con ella no hay posibilidad de que no suceda así.

Es como una trampa en la que no me importaría caer, pero no estoy segura de si lo deseo realmente.

Me he quedado con ganas de más, fue lo único que me escribió la noche en que nos conocimos, al llegar a casa.

Yo no he tenido tiempo de pensarlo demasiado. Tengo el cuerpo y los sentidos dormidos.

¿Te apetece un plan tranquilo?, me había dicho después de explicarle que acababa de eutanasiar a mi perro. En lugar de quedar por la noche, podemos quedar por la tarde y tomar algo en la terraza.

Otra de las cosas que he aprendido durante este último año es a no volverme loca cuando, al llegar el fin de semana, no tengo organizado ningún plan. Porque, por mucho que tú te hayas empeñado en quedarte atascada, la gente sigue corriendo de un lado para otro con su vida. Así que accedo porque, total, no tengo nada mejor que hacer ese viernes por la noche.

Llego hora y media tarde; me he liado con reuniones. Ella me recibe con una sonrisa abierta y, en cuanto la veo, siento que la deseo. Eso no me pasa siempre, no me pasa casi nunca.

Vive en un piso bastante grande para una sola persona. La decoración es agradable, llena de detalles. Hay velas e inciensos por todos lados. La cama reposa sobre un canapé bajo. Es ordenada, creo.

Vamos arriba, me indica.

La sigo por las escaleras. Lleva zapatillas de deporte; el primer día llevaba sandalias de tacón. Los vaqueros le marcan el culo y no puedo evitar pensar en ello, cuando yo ni soy de culos ni de fijarme en esas

cosas. Me hago gracia a mí misma.

Sé que sabe que voy a mirárselo porque, enfundado en esos pantalones y subiendo escaleras, es absolutamente imposible no hacerlo. Como el culo está ahí, delante de mis ojos, dejo de sentir culpa por ello.

Me sirve una copa de vino, pero antes de servirse la suya, se termina un café que ha comprado en el bar de enfrente, donde nos hemos encontrado.

¿Tu plan era emborracharme?, le pregunto sarcástica.

Claro, ¿para qué piensas que te he invitado?

Mierda, ya me están entrando ganas de chuparla. Siento una terrible debilidad por la gente que ríe todo el tiempo, por aquella que te resulta difícil imaginar enfadada, que parece inmensamente feliz y que te hace pensar que el mal humor debe guardárselo para sus momentos de soledad.

Cuando era más joven tuve dos novios. No a la vez, en épocas distintas, me explica. Luego me fui de Erasmus y tuve una novia que tenía otra novia, y recientemente he tenido una medio novia que tenía un novio.

No has perdido el tiempo, ¿no?, bromeo.

Se ríe y me lanza el corcho de la botella, lo que supone el inicio del tacto. Hasta ahora no nos hemos tocado.

¿Y tú qué? ¿No tienes nada para contarme?

¿Qué quieres que te cuente?

No sé, ¿vas a tardar mucho en besarme?, me pregunta mientras se sirve un poco de vino.

Niego con la cabeza. Después se acerca hasta apoyar sus manos sobre mis rodillas.

No sé si quiero esperar a que lo decidas, me susurra.

Yo me quedo muy quieta, esperándola, y ella me besa suavemente.

Luego se separa y me sonríe, y más tarde vuelve a acercarse y posa su boca sobre mi cuello.

Lo recorre despacio, y mientras yo pienso que, de pronto, eso me encaja. Tenía que ser así, me digo. No debería ser voraz ni agresivo, ni

premeditado ni hacerse de rogar. No va a conseguir que me apetezca más si trata de seducirme lentamente ni inventando artimañas que no podrá sostener en el tiempo. Es natural y me encaja.

Me gusta cómo hueles, le confieso.

¿Y qué más te gusta?, me pregunta sin dejar de besarme.

Tus clavículas, le digo mientras las recorro con la yema de los dedos. Y tu voz.

¿Por eso me diste *like* en la app?, ¿por la voz?, vuelve a reírse.

Si hubiera sabido en la app que tenías esta voz te habría dado un *superlike*.

¿Entonces por qué le diste?, se separa un segundo de mí y reposa la espalda sobre su silla.

No sé, ¿porque estabas buena?, ahora le sonrío yo. Ella me devuelve la sonrisa. ¿Tenía que responder otra cosa?

No, para nada. Me gusta que me lo digas.

Le tiro de vuelta el corcho de la botella.

¿Y tú? ¿Por qué le diste?

Por tu voz, me guiña un ojo. Yo tenía más datos sobre ti.

Ya, claro, rechisto.

En realidad me daba un poco de pereza todo eso de que fueras *influencer*, pero siempre me habías parecido atractiva.

Además de *influencer* soy muchas otras cosas, pongo los ojos en blanco.

Ya, tienes pinta de ser muy versátil, tú.

Es rápida, y eso me pone. Me enseña sus redes sociales para demostrarme que no le interesan. También me deja ver un montón de fotos de un montón de viajes. De los años que vivió en Madrid y de los que estudió en Bélgica y de los que trabajó en Estados Unidos. Es independiente, nada que ver con lo que he sido yo durante los últimos años de mi vida.

Empieza a llover y tenemos que entrar. Parece que el día ha decidido darnos el empujón que nos faltaba para movernos hasta el sofá.

Una vez allí, nos desnudamos y hacemos el amor lentamente. Ninguna de las dos llegamos al orgasmo ni tampoco tenemos necesidad

de fingirlo. Está bien así. Se ha hecho de noche y ahora solo nos alumbran un par de velas.

Me tumbo encima de ella, con mi cara escondida en su cuello, mientras me acaricia la espalda.

¿Qué vas a hacer finalmente?, le pregunto. Habíamos hablado de la posibilidad de que fuera a un concierto por la noche.

Si te apetece quedarte, me quedo, me contesta.

Creo que prefiero dormir en casa. Últimamente no descanso muy bien, le explico.

Entonces iré a dar una vuelta, me dice ella. ¿Tienes hambre?

Son las diez de la noche. Un poco de hambre sí tengo, la verdad.

Vols que cuinem alguna cosa per sopar?, le pregunto mientras me incorporo.

Eso es trampa, me contesta. Lo haces adrede porque sabes que si me hablas en catalán me derretiré.

Asiento y la beso.

Voy a poner una pizza en el horno, ¿vale?

Se levanta del sofá y, aún desnuda, va hacia la cocina, que está abierta al salón. Yo la sigo y me siento en una banqueta a esperar.

Oye, no quiero que pienses que no me quedo por ti, le digo. Es solo que últimamente he estado lidiando con mucha ansiedad y sé que lo que mejor me funciona es dormir bien.

Ella se agacha hasta besarme la mejilla.

Claro. No te preocupes por mí, me contesta.

Y yo no me preocupo por ella, porque sé que lo dice de verdad.

Cenamos y la acompaño hasta la moto. Yo he decidido subir a casa dando un paseo.

Si esto se tornara en algo recurrente, vivimos bastante cerca, pienso. Y me sorprendo pensándolo.

No puedo identificar de dónde me viene la pena. Supongo que es melancolía, porque de pronto todo está bien, nada me preocupa demasiado. Quizá es por Perro, quizá sigue siendo por Ex. Procrastino en la intención de averiguarlo. Debería volver a terapia, hace semanas que no voy. Ella me lo dijo esta tarde: «Es imposible que sobrelleves todo esto sin ayuda». Sé que tiene razón.

Tengo curiosidad por abrir la caja con las cenizas de Perro, pero me da miedo no poder cerrarla luego correctamente y que en un movimiento torpe se me caigan. De alguna manera, tenerlas en casa me reconforta.

Me doy cuenta de que estoy fumando más. También de que hace mucho que no voy al gimnasio. Tengo que volver a tomar las riendas de mi vida, pero me está llevando un rato darme cuenta de que Ex y yo ya no vamos a ser Ex y yo nunca más, de verdad no vamos a ser nunca más ella y yo.

«¿Te acuerdas de cuando me decías que moriríamos juntas? Pues no puedo cumplir esa promesa. Ya no voy a poder morirme contigo. Ya ni siquiera me muero por ti, cómo iba a morirme contigo. Creo que eso es lo que me pone triste. Esta vez no puedo avanzar sin estancarme un tiempo en el pasado; nuestra historia nos atraviesa y siento que siempre va a hacerlo. No sé cuánto tiempo pasará hasta que no me afecte. Esto que nos hemos hecho no nos lo tendríamos que haber hecho; ojalá nos hubiéramos podido arrancar la tirita con un movimiento limpio. Igual una historia como la nuestra nunca se supera. Y ahora tengo miedo de volver a construir».

Si sigo sola, si no me ato a nadie, entonces nada podrá nunca hacerme daño.

Aprovecho la noche para escribir un rato. Utilizo un ordenador

diferente solo para escribir. Necesito cambiarlo todo en mi vida para que ruede de otra forma, de una forma nueva. La música no me deja concentrarme, pero el silencio hace que me sienta sola. Hoy no vamos a dormir juntas y me gusta la idea. Podría haberme quedado en su casa y dejarme mimar, pero he priorizado estar sola y escribir. A veces exagero.

También creo que me he hecho mayor, pero no sé bien cuándo ha pasado.

Me da miedo hacerme mayor. Pienso en ello demasiado últimamente. Tengo que repetirme sin parar que treinta y cinco años no son nada, que tengo tiempo a empezar de cero en todos los aspectos.

Tengo ganas de empezar de cero en todos los aspectos.

Finalmente, viene una amiga a hacer fiesta de pijama y se pide un ramen. Yo ya me doy por cenada con los dos trozos de pizza que me he comido. Cenar ramen a los treinta se ha convertido en un concepto, no tengo que explicarte por qué.

Me pregunto si en todos los sitios la gente a los treinta quedará para cenar ramen o si lo conceptual pasa por ser unas privilegiadas que viven en una capital europea. Mi amiga me cuenta que ha ido a una sesión de yoga kundalini en la que te hacen algo así como alinearte los chakras. Igual nos hemos vuelto todas gilipollas, o igual es que somos unas desgraciadas sin remedio que ocupan el vacío existencial que les produce ese miedo al futuro incierto con ramen y kundalini. El fin de lo occidental.

La verdad es que hoy no me apetece dormir sola.

No nos vamos a casar ni tendremos hijos jamás, y, como mucho, viviremos en una casa de la playa todas juntas compartiendo los cuidados de una enfermera con paciencia suficiente para aguantarnos, una que nos obligue a tomar la medicación cada mañana, le digo a mi amiga.

Eso es a lo máximo que aspiro en la vida, me contesta ella.

¿A que vivamos todas juntas?

A lo de poder pagar a alguien para que me cuide.

Las mañanas son el momento más duro del día. Desde que Perro murió lloro en la cama antes de ser capaz casi de abrir los ojos. Echo de menos sus ruidos, sus pasos torpes resbalando por el parquet. Los buenos días, que me pida subir a la cama. A veces lloro cuando voy al baño, esperando que aparezca, como hacía siempre, a espiar mis momentos de máxima intimidad. Lloro desconsoladamente, hasta que el llanto me produce hipo. Después me siento un poco mejor, así que no intento reprimirme.

Es una tristeza diferente porque hay alivio en ella. Las últimas semanas, cuando la enfermedad ya era un gigante imposible de obviar, fueron demasiado duras. Ahora miro sus últimos vídeos y veo con mucha más claridad que era el momento de dejarlo ir, incluso dudo de si no esperé demasiado. Pero el deterioro no fue progresivo, apareció de sopetón, aunque yo ya estuviera esperándolo. Igual que una ruptura.

Una de mis amigas me dice que la muerte de Perro ha cerrado un ciclo, y creo que tiene razón.

Con lo que no contaba es con esta nueva libertad que esconde un abismo conformado por una soledad que pocas veces había sentido.

Me faltan los pelos, el agua de su cuenco derramada y el olor a animal en mi piso. Todo eso que piensas que nunca podrías echar de menos, pero que definitivamente hacen de una casa un hogar.

Hay quien cree que no podría vivir con tanta suciedad. No lo juzgo, ahora me doy cuenta de que, aunque Perro fuera un perro limpio, aunque yo lo sea, he vivido entre montones de suciedad. Pero también me doy cuenta de lo mucho que merece la pena.

No sé si tener un perro se parece a tener un hijo porque no tengo hijos, pero me parece que debe de ser algo parecido. He tenido durante nueve años a un ser totalmente dependiente de mí, y yo lo he sido de

él. Ahora no tengo que despertarme más temprano, no tengo que volver antes a casa. No tengo que acordarme de comprar pienso ni de ponerle la pipeta que lo protege de los parásitos. Soy libre. Ya no me quedan compromisos con nadie más, no con aquellos seres a los que más les debía mi atención y mis afectos.

Pero si ser libre es esto, no estoy segura de querer serlo por mucho más tiempo.

La dependencia que los humanos sentimos hacia nuestros animales parece estar camuflada por la dependencia que tienen ellos de nosotros. Nos equivocamos: no son ellos los que nos eligen, somos nosotros los que decidimos ser sus responsables. Luego les exigimos que se adapten a nuestras necesidades, que hablen nuestro idioma, que no ladren ni se hagan pis dentro de casa. Y esos seres generosos lo hacen a cambio de nuestro cariño y de nuestros cuidados.

Hay que ser muy psicópata para decidir tener una mascota y después maltratarla.

Hay que estar muy mal de la cabeza para abandonar a quien más te quiere.

Sé que me gustan las mujeres desde que tengo uso de razón, si no desde antes. Nunca tuve que darle muchas vueltas a si me gustaban los hombres. De pequeña me gustaban, un poco. Solo algunos, los más guapos. Digamos que no era una atracción que me naciera de una forma natural, como me pasaba con ellas. En ese caso, siempre había alguna amiga por la que yo sentía *algo más*. Con ellos todo era, más bien, un poco sin más. Sigue siendo un poco sin más. Nunca me fijo, y creo que por eso soy lesbiana. En algún momento puntual puedo conectar con alguno y entonces pienso que qué tontería ser lesbiana, si hay chicos que están muy bien. Luego me acuerdo de que tienen pelos en el pecho y se me pasa.

En realidad, no tengo ni idea de cómo funciona, si hay un detonante, si es algo que siempre tienes ahí, dentro de ti. No sé por qué hay gente que tarda tanto en darse cuenta, si es por cobardía o porque la atracción heterosexual intrínseca en la bisexualidad posterga el momento de epifanía. La cuestión es que yo me di cuenta de que me gustaban las mujeres muy pronto, y para allá que fui.

No es solo que me gusten de una manera romántica, es que me gustan como género. Entonces me siento tremendamente dichosa por ser lesbiana.

A mí me gustan las mamadas.

Cada palabra de esa frase se me clava como una aguja en alguna parte del estómago. También, sorprendentemente, me excita.

No sé si quiero que me lo cuentes, le digo.

¿Por qué?, se ríe. Todo tiene su aquel.

Es domingo por la tarde y mi recién estrenada amante bisexual ha pasado por mi casa a tomar un café. No hemos tomado ningún café, nos hemos pasado todo el rato la una encima de la otra.

Cuando dices esas cosas, siento que me acuesto con una hetero.

Ella vuelve a reírse.

Pues te aseguro que hetero no soy. De hecho, a veces me planteo si no seré lesbiana, me explica.

Pero te gusta hacer mamadas, le recuerdo.

Sí, me encantan las mamadas. ¿Qué tiene que ver?

Supongo que algo tendrá que ver, me justifico. Aunque, si, de repente, yo empezara a acostarme con hombres, creo que no podría desligarme de la etiqueta de lesbiana. Es lo que soy, es como me he construido, es mi cultura y mi identidad.

Quizá ese es el problema, que tú consideras ser lesbiana una identidad y no solo una orientación sexual. Creo que a las bisexuales eso no nos pasa.

Tiene razón, pienso. Ser lesbiana es una subcultura que va más allá de con quién nos acostamos. Influye en los libros que leemos, en las películas que vemos, en las canciones que escuchamos o en las actrices que nos ponen. La mayoría de las amantes bisexuales que he tenido no parecían participar de esa subcultura, al menos no de una forma tan acérrima.

Explícame bien cómo haces una mamada, le pido.

¿Cómo te encuentras?, me pregunta mi psicóloga.

He tardado un par de meses en volver a consulta. Lo sé, muy mal, debería ser más constante, pero a veces me da pereza remover la mierda. Tampoco sé si no será contraproducente luchar contra el proceso natural de protección que está llevando a cabo mi cerebro, ese de olvidar para poder seguir adelante. Como fuere, es algo que me cuesta, lo de hablar cuando algo me preocupa realmente. Suelo llevar la procesión por dentro y contar las cosas a toro pasado, cuando ya se han medio resuelto. Y lo hago con todo en general. No sé si es por no preocupar a los demás o por no ser pesada. A lo mejor es por simple vergüenza.

Estoy mejor, le contesto. No tengo un ataque de ansiedad desde hace meses. Y no creo que vaya a tener otro.

Ha pasado lo peor, me dice. A veces es cuestión de tiempo.

Sí, era cuestión de tiempo, le confirmo. Aunque a ratos siento una angustia metida dentro que no quiere salir y que me impide mirar al futuro con optimismo.

¿Qué tipo de angustia?

No estoy segura, comienzo. Una que se hubiera enquistado. ¿Se puede cronificar la angustia? Desempeño la vida con soltura, sin grandes esfuerzos. Sin embargo, es como si no terminara de relajarme.

¿Y lloras?

No, ya casi no lloro. Creo que me he vuelto de esparto. Lloraba cuando sentía pena de mí misma, pero ya no la siento. Ahora me siento afortunada.

Lo eres, me responde. Lo estás haciendo bien, y es normal sentir ese vacío.

¿Es vacío lo que siento?, le pregunto yo. Es posible que sea un vacío

lo que me produce esa angustia.

Es posible. Se han frenado muchas dinámicas. Incluso las que querías cambiar. Y, aunque cueste reconocerlo, su cese también deja un vacío.

¿Y cuándo se llena?

Quizá no te des cuenta, pero ya lo estás llenando. Cada día que pasa, cada día que te despiertas y te lanzas a la vida, que ahora es nueva, que tienes proyectos, que estás triste o contenta; cada día que eliges hacer o deshacer, aunque no te lo parezca, estás llenando ese vacío.

¿Y por qué me sigo sintiendo así? ¿Por qué no soy capaz de reconocer que todo está mejorando y disfrutarlo?, la voz se me quiebra.

¿Te sientes así menudo?

Solo algunas veces, en algunos momentos. Normalmente, cuando cae la tarde y no tengo nada que hacer.

Está bien que intentes estar ocupada para no sentir ese vacío, pero también está bien que te permitas sentirlo. No hace falta que te sobrecargues con planes, que evites a toda costa sentir un poco de tristeza o de angustia. Quizá sí te iría bien llorar.

Pero odiaría ser una de esas personas que se recluyen o se pasan hablando de sus problemas, le digo yo.

Llorar no tiene nada de malo, es un mecanismo que tenemos para regular las emociones que funciona espectacularmente bien. Si lloráramos más, nos iría todo mejor. Lo de recluirse, depende. Solo se vive una vez.

Ayer leí a alguien que decía que eso es mentira, que solo se muere una vez, pero que, vivir, se vive todos los días.

Así es, concluye ella. Quizá podrías escribir sobre eso, ya que tanto lo disfrutas.

¿Sobre vivir?

Sobre lo que quieras. Sobre lo que estás viviendo tú. Cuando sea por la tarde y no tengas otro plan, y sientas vértigo al notar ese vacío del que hablas, escribe. Te ayudará.

Tienes razón. Puedo escribir sobre el duelo, y sobre la pérdida, y sobre la muerte, y sobre la ansiedad que he sentido.

O puedes escribir sobre cómo se supera todo eso. Si finalmente te

decidieras a publicarlo, piensa en la gente que podría estar pasando por algo parecido. Probablemente les gustaría leer que de esto también se sale.

Nunca he dudado de que de esto se salga. Es solo que estoy cansada del proceso.

Tienes que ser paciente, me dice.

Me gustaría que hubiera una fórmula matemática: si has sufrido una pérdida hoy, te sentirás mejor tras pasar equis meses, y estarás totalmente recuperada después de tantos otros. Eso sí que me gustaría escribirlo.

La única realidad es que nunca te vas a sentir igual, tus emociones irán cambiando con el tiempo. Hoy no te sientes igual que ayer, y mañana también te sentirás diferente.

No sé si voy a poder acostumbrarme a este ritmo tan lento, le digo.

Acuérdate de que esto era lo que deseabas, vivir a otro ritmo, me recuerda.

Sé que me puedo enamorar de ella porque siento cosas en la barriga. Los nervios por verla. Es así de simple. Yo soy así de simple.

Todavía no puedo predecirla y sé que eso será suficiente para que no pueda controlarlo. No juega, pero leo en ella a un animal que trabaja constantemente para no desbocarse.

Ya tengo su olor incrustado en las narinas y eso es algo sobre lo que no tenía previsto escribir.

Me revuelve su belleza. Podría despiezarla y enumerar todas las nuevas obsesiones adquiridas en este último mes. Los dientes enormes y blancos, el contorno de sus labios, los ojos rasgados y oscuros. La voz. Sobre todo la voz, que es sexy y quebrada y grave y le hace el contrapeso a las facciones delicadas y femeninas. Es una voz que no se puede infantilizar y lo agradezco.

Qué pasará si me enamoro y tengo que volver a pasar por lo mismo. Dónde se ha insertado ese miedo que a momentos me bloquea, me asusta y me produce ganas de salir corriendo. Por qué quiero intentarlo. Qué quiero intentar. Enamorarme para más tarde sentir un apego que no me permitirá dejarla en el momento en que tenga ojos para todas las demás menos para ella.

Se pide tres lunares de mi cara y los besa. De su cara yo me pido dos.

Cómo puedo negarme a vivirlo de nuevo. ¿Será de otra manera porque ahora yo soy de otra manera? Estoy lista porque siento que no lo estoy, porque me estremezco cuando me mira y se ríe con todos los dientes. No es el sexo lo que me lleva a la entrega, ahora lo sé, es la belleza. Y me gusta que así sea, porque esta es más subjetiva y, podría ser, porque es efímera, por lo que en algún momento quedaré liberada del hechizo.

Son las 8.30 de la mañana y hace sol. Voy bastante abrigada y no siento el frío, al contrario, mientras camino Ramblas arriba, siento que me sobran algunas capas de ropa. Pienso que en Upper Diagonal, a estas horas, hay muchas más cafeterías abiertas en las que pedirse un buen café. Las Ramblas se parecen cada vez más a un parque de atracciones; no hay nada real disponible.

Entro en un Starbucks a por un café con leche de avena. Me ensimismo recordando que una vez hicimos un *post* hablando de las bebidas vegetales y de la disputa legal que tenían algunas marcas con la industria de los lácteos por poder usar la palabra «leche». Pienso que la lengua está para que la gente se entienda; intentar que sirva para cualquier otra cosa me parece un absoluto delirio, así que me reafirmo en el empeño por llamarla «leche de avena». También me da tiempo a pensar que todas mis novias, con las que tuve relaciones largas o que realmente se alzaron con el estatus de novias, han sido catalanas. Y nos hemos entendido (con algunas más que con otras).

Vuelvo al mundo cuando la chica me dice que son cuatro euros. En serio. Pago cuatro euros por un café que no está ni bueno, y mientras me lo sirven observo cómo un turista madrugador le hace fotos al local, que es igual que otro Starbucks por el que he pasado tres calles atrás y que debe de ser igual que todos los Starbucks de todas las ciudades del mundo. Me cuesta entender que eso sea el turismo. Seguramente él no sepa que en el número 71 está el Cafè de l'Òpera, que data del siglo XVIII, o que en el número 5 está el restaurante Can Culleretes, que por lo visto abrió sus puertas en 1786. El guiri se hace sus fotos en el Starbucks porque la gentrificación importa más que la historia.

Llego a plaza Catalunya para coger el ferrocarril que me lleva a la zona alta, donde vivo desde hace un año. Es el mismo que cogía cuando

iba a la universidad, solo que ahora tiene cargador USB en los asientos.

Echaba de menos esto. Los horarios inamovibles, los lunes cansados tras fines de semana en los que has hecho de todo menos descansar, coger el transporte público para ir a trabajar.

La niña que tengo sentada enfrente me mira. Debe de tener nueve o diez años. Pienso que casi somos de la misma edad, pero ella está más nueva. Quizá un día sueñe con ser *influencer*. Me freno en la intención de abordarla y decirle que no, que ni se le ocurra, que estudie, por Dios, una carrera STEM, que necesitamos mujeres en tecnología y nos sobran referentes de la opulencia y de lo absurdo. Que si yo volviera a estar tan nueva, estudiaría una ingeniería.

Me bajo del tren no sin antes decirle adiós con una sonrisa. Ella me la devuelve y sé que me ha entendido.

La vida podría ser esto. Es algo que me repito a menudo. En absoluto la vida debería ser gastarse cuatro euros en un café del Starbucks, pero sí hacer lo que una tiene que hacer cuando no le quedan más opciones. En este caso, ese café era una cuestión de vida o muerte.

Desde hace unas semanas me encuentro más tranquila. Mis revisiones anuales me han confirmado que no tengo cáncer de piel, ni de mama, ni de útero. Esas eran las tres posibilidades que barajaba. Igual le pasa a más gente antes de ir al médico a hacerse las revisiones pertinentes, que se inventan posibles enfermedades que les van a ser diagnosticadas. Igual soy yo y mi hipocondría. Ahora tengo un año para no obsesionarme con el crecimiento de alguno de mis lunares o de algún quiste salino que tengo en el pecho. Un año me parece un tiempo razonable de tranquilidad.

Siempre me ha asombrado cómo el cuerpo de la persona que amas se convierte en tu cuerpo. Me asombra y me asusta. No amas de verdad hasta que tu cuerpo y el de la otra son propios y ajenos. Es una norma básica: compartir las debilidades corporales. Enfermar en familia.

De su cuerpo lo viví todo: cuando tenía eccemas en la cara o cuando le salió una erupción en la espalda y creyó que era un herpes. No lo era, yo se lo repetí sin cesar, pero mandamos fotos a las amigas médicas de mi madre para que nos lo confirmaran. También me lloraba

un día, no hace mucho, cuando ya no éramos novias, porque creía que por el estrés estaba perdiendo pelo.

No te estás quedando calva, le dije, el ancho de la raya de tu pelo es el mismo desde que te conozco.

Sé que aquello la tranquilizó y me di cuenta de que no había ninguna otra persona en su vida que pudiera tranquilizarla de esa manera, porque nadie había pasado hasta ahora tanto tiempo seguido pegada a su cuerpo. Es una responsabilidad que me ha costado soltar, porque de alguna manera me seguía haciendo sentir que soy irremplazable. Me mentía, sé que no lo soy, sé que no lo estoy siendo, porque yo ya comparto mis neuras con gente que no son ella, y eso me alivia igualmente.

Por la noche salgo a cenar con las niñas, aquellas que me salvaron la vida el año pasado. En sentido figurado, se entiende. Nunca tuve ideación suicida y guardo un tremendo respeto por quienes sí la tienen; hay que ser muy valiente para imaginar siquiera cómo acabar con la vida de una, no todas queremos mirarnos tan adentro.

Las citadas éramos unas doce, pero tres han sido baja de última hora, así que esperamos ser nueve. Yo he llegado la cuarta, nada mal. Me siento delante de dos de ellas y a los diez minutos me entero de que ambas están embarazadas.

No he sabido cómo reaccionar.

¿Qué somos de repente?, ¿una de esas comedias navideñas románticas?, les digo.

Para mí, cualquier escena de la vida cotidiana es susceptible de ser escrita y posteriormente interpretada.

Entonces una de las dos se abre el abrigo cual exhibicionista y muestra una barriga propia de los cinco meses de gestación secreta que lleva.

Es una niña, dice para contrarrestar el impacto de no habernos contado nada antes.

Ahí sí que he gritado de alegría.

¿Vamos a criar a una terrorista?, pregunto entusiasmada.

Exactamente, me contesta la futura madre. Y teniéndoos a vosotras

como tías, espero que salga lesbiana.

Yo paso mucho tiempo de mi vida pensando en mis cosas. Soy hija única, qué le vamos a hacer, es algo que aprendí a hacer por mera supervivencia. Por muy sociable que sea, en realidad soy rematadamente introvertida, es decir, tengo un mundo interior tan rico que ahí me apoltrono siempre que me dejan. De hecho, hay momentos en que necesito hacerlo para recargar las pilas.

Mi psicóloga me explicó una vez que esto me pasa porque soy muy nerviosa y muy sensible, y que observo y absorbo todos los estímulos de mi alrededor. Entonces llega un momento en que necesito pasar tiempo a solas, en silencio, metida en mi cabeza.

Sea como fuere, la verdad es que sí que me va bien. Al igual que me va bien descansar, también me va bien ir a mi aire.

Un día de esos en los que estoy tirada en el sofá sin hacer absolutamente nada, recuerdo a mi padre diciendo que la ansiedad se parece cada vez más a una pandemia que afecta a las generaciones más jóvenes.

Yo no tengo ni idea de estadísticas de ansiedad, pero así, de primeras, su afirmación no me chirría demasiado. Intento entonces pensar qué hacemos diferente las nuevas generaciones en comparación con las anteriores.

El móvil, claro. El exceso de información. Las redes sociales y la adicción que nos generan.

Y hago la prueba. Yo ya tengo las notificaciones desactivadas en mi teléfono, pero, igualmente, entro cada dos por tres a comprobar que no me estoy perdiendo nada, así que ese día decido no tocarlo durante unas horas. La angustia se reduce a medida que va pasando el rato.

Era eso. Ya está. Lo he identificado. Solo tengo que no entrar, dejar el móvil, enfocarme en todo lo demás que está fuera de esa pequeña

pantalla. Y, ojo, que el mundo no se habrá caído cuando vuelva a agarrar el teléfono.

Ya me había pasado antes, lo de sufrir aversión por las redes sociales, sentir miedo de lo que pudiera encontrarme una vez dentro, y ahora me doy cuenta de que esto no es algo que se pueda superar, o que se deba superar.

He conocido a demasiadas personas con serios problemas de salud mental relacionados con la gestión de sus redes y con su exposición. Personas que sufren verdaderos ataques de ansiedad al ver sus seguidores caer, que monitorean otros perfiles para comparar el crecimiento de sus cuentas, que no saben vivir su vida sin compartirla en *stories*. No es una crítica, en absoluto, solo un intento de exponer un problema que tiene una solución tan ¿sencilla? como dejar de ser un esclavo de los *likes*.

Sé que es complicado cuando dependes económicamente de ellas, pero igualmente creo que también hay un cierto patrón obsesivo enmascarado con esta justificación. Tener que estar o querer estar veinticuatro horas conectada, controlarlo todo, lo que te dicen, lo que comentan los demás sobre ti, lo que postean los otros y los resultados que obtienen. Qué marcas te llaman y cuáles llaman a esos perfiles que se parecen al tuyo. Qué estás haciendo mal o, en el caso de que todo te vaya como la seda, cómo has conseguido *petarlo* tanto.

Yo no sé si es que somos una generación de niños mimados que creen que todo lo que piensan, hacen o dicen es relevante. Que a alguien le debe de importar. Que ocupamos un papel irremplazable en este circo de la creación de contenido para el consumo de nuestros secuaces. O tal vez hay que ser un narcisista de manual, porque no creo que todo el mundo sirva para exponerse a según qué nivel. Aunque, a este juego, en mayor o menor medida, ya hemos aprendido a jugar todos.

Llego entonces a la conclusión de que, al ser una generación sobreestimulada, no sabemos aburrirnos. Y a lo mejor esto también nos provoca ansiedad, porque es un círculo vicioso.

Y siendo eso de aburrirse algo que yo he sabido hacer muy bien toda mi vida, algo que he practicado desde muy pequeña y que he

solventado sin mayores problemas leyendo, dibujando, escribiendo o hasta grabando mis propios programas de radio en cintas de casete antiguas, ahora pareciera que lo he olvidado.

Durante demasiados años he rellenado esos períodos de aburrimiento con las redes sociales, que, de alguna manera, te empujan a leer, dibujar, escribir o grabar un podcast, pero siempre enfocándote en que sea consumible para alguien, en que alguien consuma lo que crees y te consuma a ti.

Dichosos aquellos que pueden seguir haciendo arte sin pensar en si les quedará bien en su *feed* de Instagram.

Ya no quieres follar, ¿no?

Solo con el tono de su voz no puedo averiguar si está enfadada o triste, pero se ha sentado en la otra punta del sofá, así que me decanto por lo primero.

No es eso, contesto. Es que he conocido a alguien y quiero enfocarme en lo que pueda suceder con ella.

Entonces, ¿cómo funciona?, me pregunta. Yo hago todos los esfuerzos para acomodar esto que tenemos a la relación con mi novia, y cuando tú conoces a alguien, se termina. No haces el mismo esfuerzo.

No le puedo decir que me he dado cuenta de que algo no me terminaba de convencer. Que ya lo intuía, pero que había preferido no escucharme. Que pensaba que se debía a que yo no estaba preparada para una relación de verdad, pero que con el tiempo se me pasaría. Y que ahora, bueno, ahora me apetece. Pero no con ella.

Supongo que, al igual que tú, yo también quiero probar a tener una relación principal, le explico.

Yo no creo en las jerarquías, me dice.

Tú puedes creer en lo que tú quieras, pero las jerarquías existen. Y tú has decidido mantener una relación y supeditar el resto a ella.

Tampoco me parece lógico que pretendieras quedar en una terraza. Me parece ruin que pensaras en un escenario aséptico para decirme todo esto.

Ella llora, pero yo estoy fría. Me incomoda que no me entienda, me duele ver que le hago daño y que esté tratando de hacerme sentir culpable de su dolor. Ya sé que lo soy, pero no es algo que pueda evitarle.

Esperaba que lo entendieras, respondo. Como pensaba decirte que no quiero que sigamos acostándonos, una terraza me parecía más seguro.

Citarte en casa podría haber resultado confuso.

Y yo entiendo muchas cosas, pero no entiendo cómo alguien puede querer cortar todo tipo de contacto, cómo puedes querer que nos alejemos así solo porque ha aparecido una persona nueva, balbucea.

A mí me encantaría que fuéramos amigas.

Tú y yo no somos amigas.

Entonces, ¿a qué te refieres? ¿A que sigamos siendo amantes? A mí eso ya no me funciona.

A hacer un acompañamiento, a no hacer un cambio así de brusco, me explica.

Yo puedo seguir estando para lo que necesites. Lo único que no puedo hacer es seguir follando contigo.

Pero ¿quién está hablando de follar?

Es que si no es de follar de lo que me hablas, no lo entiendo. O somos amigas o somos amantes, las dos cosas no podemos ser. Yo no me acuesto con mis amigas. Y yo no quiero que sigamos siendo amantes, pero tú no quieres que seamos amigas.

Es que no lo hemos sido nunca, alega.

Vale, pues es lo que te propongo, que aprendamos a serlo. Y que nos acompañemos en lo que podamos.

Eso no tiene sentido, dice.

Estoy perdiendo los nervios. No me siento capacitada para pasar por otra ruptura, ni siquiera por una en la que nada se me remueve. Tengo que hacer muchos esfuerzos para no decirle que con la única persona que yo puedo hacer un acompañamiento es con Ex, que ella tiene una novia, que esto que siente se le pasará antes de lo que imagina y que entonces se dará cuenta de que esta conversación podría haber sido más amable. Que no tengo fuerzas para lidiar con más dolor aparte del mío. Que tener algo con ella no me había parecido tan mala idea justo porque ella estaba respaldada por otra persona, por alguien estable que la podía cuidar como yo nunca podría hacerlo. Que, de alguna manera, ese era un trato tácito.

Oye, te entiendo, trato de calmarla y de calmarme. Te he hecho daño, no ha sido a propósito. Pensé que esto podría ser diferente, pero,

por lo que sea, no me funciona. Tampoco tiene que cambiar nada entre nosotras, solo necesito que dejemos de acostarnos.

Qué pesada eres con lo de follar, finalmente se ríe.

No te pega nada hacerte la ofendida, le digo; eres demasiado inteligente para eso.

No te pases, me responde ella.

Finalmente, nos despedimos con un abrazo y se va. Supongo que tiene razón: sacando el sexo de la ecuación, no nos quedan tantas cosas que decirnos.

Yo siempre he sido una madre. Quiero decir que algunas mujeres somos madres aunque no tengamos hijos. Lo somos de nuestras parejas, de nuestras amigas o de nuestras mascotas. Con las niñas bromeo y les digo que yo no quiero ser madre, que quiero ser padre, aunque sé que en realidad no podría porque yo soy muy muy madre. Todo lo que considero que la mía hace mal yo lo replico. Anteponer los deseos de los otros, cuidar sin pedir nada a cambio. Supongo que eso es lo que he mamado.

Ahora ya no, porque estoy más sola que la una, así que estoy reaprendiendo a hacer de hija. Mi última amante me decía que tengo que darle gracias a alguna diosa por la estructura familiar tan sólida que tengo, y no le faltaba razón.

Mis padres son raritos, pero también son muy normales. Están juntos desde los dieciséis años y se llevan como el perro y el gato. Yo creo que en otra época se habrían divorciado hace años, pero ellos son de la vieja escuela y aguantan. Odio que me hayan inculcado que en el amor se aguanta, pero también lo entiendo. Dónde van a estar mejor ahora, cuando ya están *esquivando tiros,* que el uno con el otro. Mi madre dice que, si se separara, no volvería a estar con nadie nunca más, que no le volvería a lavar los calzoncillos a nadie. Yo me río con sus ocurrencias mientras intento recordar cuándo le ha lavado ella los calzoncillos a mi padre, si a casa viene una señora cada día a limpiar y pone la lavadora. Seguramente lavar los calzoncillos sea el eufemismo que ella utiliza para referirse a la gestión del hogar. Yo sé que la gestión de un hogar de dos adultos de clase media no parece que conlleve demasiado trabajo, pero a mí, que vivo sola, hay días que la casa se me cae encima.

A veces tardo hasta tres días en hacer la colada: uno para lavar la

ropa y tenderla, otro para recogerla y otro para guardarla en el armario. No sé, no tengo tiempo, o quizá lo pierdo en otras cosas. Mi madre todavía no entiende que no planche, pero es que planchar me parece la actividad más tediosa de todas las del organigrama de la colada. Lo contrarresto comprando muchas prendas de lino, que ya se sabe que por mucho que se planchen siempre quedan arrugadas.

Hija, el lino hay que plancharlo muy bien, me dice mi madre, si no una va siempre como una pasa.

Se va a arrugar en tres minutos, nadie sospechará que no lo he planchado.

Ella estas reflexiones no las puede entender. Cuando era pequeña, siempre me repetía que no me fuera a poner unas bragas viejas o un calcetín con algún agujero, que a ver si me pasaba algo un día y me llevaban al hospital y qué vergüenza para ella, que trabajaba de enfermera allí. Estas cosas a las madres les preocupan mucho.

Una vez, cuando aún estaba en la universidad, fui a casa de mis padres y me propuso que me pasara una mañana por el hospital, que así me hacía una analítica de control. Lo de la analítica de control también se lo inventó en otra ocasión. Yo tenía once años y mi tío, que era cirujano, me iba a quitar un lunar que tenía un aspecto raro. No hacía falta ninguna analítica para esa intervención, que era ambulatoria, pero ella apareció una mañana en mi habitación con una aguja y una jeringa y me dijo que me iba a sacar sangre porque era lo que había que hacer antes de que me quitaran el lunar. Yo no rechisté.

Pero esa vez, siendo yo ya casi adulta, acepté y fui de *motu propio*. Admiré cómo ella me recogió en la puerta de urgencias y nos saltamos todas las colas y me metió directamente en la sala de extracciones.

Sí que mandas aquí, mamá, le dije.

Una de sus compañeras vino con el papelito que hay que rellenar para pedir lo que quieres que te analicen.

Marca también lo de la hepatitis y el VIH, le pedí yo.

Mi madre me lanzó una mirada fulminante y yo creo que la compañera se dio cuenta.

Claro que sí, que esta gente bebe de los cubatas de todo el mundo, le

dijo a mi madre.

Luego me pincharon con una aguja muy delgada, que es absurdo porque se tarda mucho más tiempo en sacar toda la sangre que necesitan.

¿Tenías que decirle que te marcara las ITS?, me regañó ella al salir. ¡Ya te las iba a marcar yo cuando ella se fuera!

Porque a mi madre le importa tres pepinos si yo quiero saber si tengo hepatitis o VIH; a ella lo que le importa es que en el hospital no piensen que su hija que vive en Barcelona es una golfa.

Otra vez que fui a su casa en verano me dio por hacerme un autoexamen ginecológico. Me exploré tanto frente al espejo que me encontré una especie de granitos alrededor de la apertura de la vagina.

Creo que tengo papiloma, les dije a mis padres.

¿De qué estás hablando?, me contestó mi madre.

Que sí, que tengo algo en el coño.

A ver, dijo ella.

Los tres, estudiantes y exestudiantes de carreras sanitarias, deambulamos entre la hipocondría y la relativización en cuestiones médicas. Mi padre a veces se pasa por irse al otro extremo. Cuando era pequeña, repetía tan fervientemente que a los niños no les duele la cabeza que alguna vez me planté en el colegio con 38 ºC de fiebre.

Sí que hay algo, esclareció ella.

¿Parece una coliflor?, pregunté yo asustada. Porque el papiloma tiene forma de coliflor, que en la boca es igual. Lo acabo de estudiar.

No sé si parecerá una coliflor, dijo mi padre, pero vamos a que te vea mi colega ginecólogo.

Llévala tú, que a mí me conoce todo el mundo, dijo mi madre, nuevamente abrumada por el inminente bochorno.

Así que el lunes a primera hora mi padre me llevó a hacer el examen práctico de conducir, que suspendí, y luego al hospital a que su colega ginecólogo me echara un vistazo.

¿Tienes novio?, me preguntó este nada más sentarnos en la consulta.

Novia, dijo mi padre.

El ginecólogo dudó, miró a mi padre y le pidió que esperara fuera.

O sea, que no hay ningún pene, ¿no?, me preguntó una vez estábamos a solas.

No, no, confirmé yo.

¿Y juguetes?

Eso sí.

A los juguetes hay que ponerles condones, ¿eh?

Yo le respondí que claro, que ya me sabía lo de la prevención entre mujeres, que lo único que no usaba era lo del dique de goma para el sexo oral porque me parecía demasiado aparatoso.

La mucosa de la vagina y la de la boca son parecidas, me dijo él en un intento por hacerme entender que podrían existir infecciones cruzadas.

Pues ¿me miras también la garganta? Si la mucosa es igual, no importa que seas ginecólogo, ¿no?

Él se rio. Luego me hizo tumbar en la camilla para empezar la exploración.

Lo que tienes son unas arruguitas que se llaman «carúnculas himeneales», diagnosticó.

¿Qué es eso?, pregunté aliviada al saber que no era papiloma.

Restos de himen. Los tienen muchas mujeres y suelen desaparecer con el parto. Has debido explorarte con mucha determinación para verlas.

Lo dicho, todos mis problemas desaparecerían si fuera madre.

¿Quieres que te mire la garganta?, el ginecólogo a esas alturas ya se había dado cuenta de que lo único que yo padecía era una hipocondría exacerbada.

Por favor, supliqué.

Él cogió una linterna y me pidió que abriera la boca y sacara la lengua.

No veo nada extraño.

Yo quise darle un abrazo, pero me contuve. Salí a buscar a mi padre y le di la buena nueva.

¿Cuándo tienes pensado ser adulta, hija?, me preguntó él con sorna.

Por muy adulta que sea, no te vas a librar de que siga siendo una

hija, le vaticiné yo.

Pues qué mal negocio hice.

Me mira con ternura y con deseo. Nos reímos de que, cuando estamos juntas, es imposible que pueda terminar de hacer algo tan sencillo como quitarme la chaqueta sin que me interrumpa para abrazarme. Me saco la primera manga, ella me bloquea, yo freno en mis quehaceres, la abrazo y la beso. Luego intento liberarme para poder quitarme la otra manga.

Le hace gracia que le diga que se comporta como un cachorrito, pero necesita que le confirme que también puede ser sexy. Se lo confirmo.

Eres sexy. Eres guapa y sexy. En esta vida es mucho mejor ser sexy que guapa, pero tú eres las dos cosas.

Se queda satisfecha por un rato.

Hay algo en la forma que tiene de mirarme que me asusta. Puedo hacerle daño. Siente cosas por mí y lo sabe. Ella también tiene miedo.

Me dice que duerme poco, pero en cuanto se acurruca contra mi cuerpo se queda dormida.

Debe de ser que estoy tranquila, me explica.

Yo creo que simplemente es el efecto de estar acompañada; ella lleva mucho más tiempo sin pareja que yo. Pienso en todas las veces que se habrá puesto en situaciones que no le pertenecen. En cómo ella todavía no sabe que merece esa tranquilidad. Es vulnerable y eso es lo que me da miedo. Ex también era vulnerable, pero pocas veces lo demostraba.

Estamos jugando a las novias, le digo esa tarde.

A ella le encanta el concepto.

Me gusta mucho más eso de jugar a las novias que ser novias, me responde.

Que no cunda el pánico, podemos jugar a las novias eternamente, me río.

Dejar a nuestros respectivos amantes es jugar bastante a las novias,

¿no?

Supongo, le respondo. Sobre todo si no tenemos intención de buscarnos amantes nuevos.

A mí no me apetece.

Sé que toda la no monogamia que defendió en nuestras primeras citas se le está haciendo bola, pero no sabe cómo abordarlo.

Yo estoy harta de todo eso, la tranquilizo. No tengo fuerzas para gestionar las emociones de más personas. Apenas tengo fuerzas todavía para gestionar las mías.

¿Podemos enfocarnos entonces yo en ti y tú en mí?, me pide.

Podemos intentarlo, le contesto desde el otro lado del sofá.

¿Solo intentarlo?, la mirada se le empaña.

Ojalá me hubieras conocido antes, le digo tras dejar pasar unos minutos. Antes yo no tenía miedo a nada. Me entregaba y era paciente, y me sentía feliz con las cosas más tontas. Ahora me he hecho mayor.

¿Crees que no eres feliz?, me pregunta tímidamente. Está pensando que casi nunca le hablo de cómo me siento y no quiere asustarme.

Creo que tengo mucha suerte. Y creo que no sé vivir en la tristeza, así que de alguna manera siempre hago lo posible por huir de ella.

No creo que se deba huir de la tristeza, creo que hay que aprender a convivir con ella. Es parte de un proceso.

¿Cómo te voy a pedir que convivas con mi tristeza?, le pregunto. Que manches toda la felicidad que traes siempre puesta con toda esta tristeza. Que seas capaz de ver más allá de lo que ahora puedo mostrarte y te creas lo que te cuento: que yo antes era de otra forma, que esta no soy del todo yo. ¿Cómo trato de convencerte de algo que ni yo misma me creo? Si ya no sé quién soy ni a dónde voy. ¿Es justo que te pida que me esperes? ¿Es justo para mí ponerme la presión de ser mejor para ti?

Una lágrima rueda por mi cara hasta desembocar en la barbilla. Ella me la seca antes de que se precipite al vacío, en silencio.

Aún sueño con mi vida de antes, continúo. Todavía hay días en que me despierto pensando que nada ha cambiado. Algunas veces sueño que Perro ha tenido un accidente y está a punto de morir, y yo corro a

rescatarlo y consigo salvarlo, pero cuando abro los ojos recuerdo que ya ha muerto. Otras veces sueño con ella, que aún estamos juntas, y todo el dolor me impacta en el cuerpo de nuevo como un mazo.

Pero no volverías a esa vida, ¿no?

Hace mucho que decidí que no quería más esa vida, contesto. Eso no quita que haya veces que olvide por qué lo decidí.

Tendemos a olvidar lo que nos hizo daño. Es normal que en ocasiones solo recordemos lo bonito.

No tienes por qué hacerme terapia, le digo, no te corresponde.

No te estoy haciendo terapia, solo estoy jugando a las novias contigo.

Me sonríe y yo no puedo evitar echarme a llorar. Me siento imbécil. Ella tira de mí hasta conseguir que me coloque entre sus brazos.

Deberías llorar más y deberías hablar más sobre ello. No puedes estar tan metida en tu cabeza. El cuerpo también necesita soltar.

Y tú no deberías ser tan buena conmigo, le respondo. Voy a ser la peor novia del mundo.

No te preocupes por eso. Yo no tengo ni idea de cómo se hace de novia, seguro que empatamos.

Estoy *scrolleando*, tumbada en el sofá, y veo un anuncio en Instagram de una de las decenas de cuentas de protectoras de animales que sigo: necesitan casas de acogida para diez o doce perros que han rescatado en Galicia y van a traer hasta Barcelona.

Barcelona suele ser un punto neurálgico en las acogidas de animales porque, según me explicaron una vez, son muchas familias de otros países de Europa las que terminan adoptándolos.

En un arrebato, me guardo el teléfono de contacto y escribo.

Hola, me ofrezco para ser casa de acogida de uno de los perros.

Ya he sido casa de acogida antes, en concreto de cinco perros y cuatro gatos. La gente siempre te pregunta cómo eres capaz luego de darlos en adopción, si no se te parte el corazón. Y yo siempre respondo lo mismo, que no, que el corazón no se te parte porque tú sientes que has sido parte de la rehabilitación de ese animal, el puente hacia una nueva vida en la que sí lo van a tratar bien, y que sin ti no habría sido posible. Claro que te mueres de la pena cuando se van mirando hacia atrás, pero si consigues recordar que eres lo mejor que le ha pasado a ese bicho, se te pasa rápido. Porque, cuando acoges, recibes a un animal que las ha pasado canutas, que muchas veces está enfermo y que tiene miedo, y eso se parece poco a lo que vemos en los vídeos en redes sociales de esas familias que aparecen en casa con un cachorro monísimo recién comprado y dan una sorpresa a sus hijos. A esa gente también los enviaba directos al infierno, porque suelen ser los causantes, de forma directa o indirecta, de que haya tantos abandonos.

La chica me manda un cuestionario extensísimo que debo rellenar. Me parece lógico. Hace unos años creo que había menos trámites, así que supongo que estamos avanzando. No estamos como para rescatar a un perro y que lo acoja un pirado.

Me tomo el tiempo de cumplimentarlo y se lo envío de vuelta. Ella me responde al día siguiente y me dice que está todo correcto. Hablamos un poco y le explico que vivo sola en un piso, que tengo vecinos y que preferiría, por tanto, acoger a un perro pequeño que no se pase el día ladrando. Me dice que está pensando en una abuelita que es la que, con más probabilidad, no tendrá ansiedad por separación.

Perfecto, prefiero mil veces a una perra mayor que a un cachorro.

Esa misma tarde otra chica de la protectora me hace una visita virtual, es decir, hacemos una videollamada y yo le enseño dónde vivo. Ella se asegura de que por entre los barrotes de los balcones no quepa un perro y de que no haya ninguna mesa cerca de alguna ventana por la que pueda saltar.

Madre mía, pienso, ¿esas cosas pasan de verdad?

Seguramente, también intenta cerciorarse de que yo sea una adulta funcional.

Mientras hablamos interrumpe la conversación en numerosas ocasiones para hablarle al perro que tiene apoyado sobre sus piernas.

Es que lo acabamos de operar y no para de lamerse la herida, me explica.

Mi primera reacción es pensar que la señora es un poco maleducada, pero quién soy yo para juzgar a alguien que habla con un animal.

En los quince minutos que dura la llamada me cuenta también que está separada y que tiene un hijo, y que, claro, ahora mismo no puede acoger a ninguno más.

Claro, claro, le digo yo. Yo también me separé el año pasado y ahora vivo sola. Vivía con mi perro, pero se murió de un tumor cerebral hace unos meses. Por eso ahora puedo acoger.

Claro, claro, me dice ella.

Creo que cuando las personas estamos atravesando algún duelo nos resulta más fácil mostrarnos vulnerables frente a desconocidos.

Durante los siguientes días me mandan fotos y vídeos de la perra que me ha tocado. Me explican que vivía en una aldea, pero que la tenían totalmente desatendida, que, cuando la rescataron, la encontraron con hipotermia, dos tumores mamarios y una hernia. Que su familia se

había encaprichado de un cachorro y ella, enferma y mayor, les sobraba.

Por los vídeos, yo diría que tiene algún problema neurológico, porque las patitas traseras le fallan de una manera que me resulta familiar.

Ahora está recuperándose en casa de una de la protectora, allá en Galicia.

Perra llega sobre las diez de la noche de un domingo. En el descampado donde esperamos al camión que los trae estamos unas quince unidades familiares, con todos sus miembros. Me recuerda a cuando los padres van a recoger a sus hijos tras una excursión. Hay una expectación generalizada. Van sacándolos uno a uno de sus transportines y yo espero hasta que oigo mi nombre. Me acerco deprisa hasta el chico que la sostiene.

Perra es pequeña y está llena de pelos. Está asustada, pero no ansiosa. La cojo en brazos y le pongo el collar.

Hola, bombón, la saludo.

Sus ojos negros están muy despiertos.

Nada más llegar a casa se come todo el pienso que le he puesto, se revuelca en su nueva cama y juega con un peluche de Perro que he rescatado. Está contenta, parece. Cuando le pongo las gotas para la otitis me marca, expresando su todavía falta de confianza. Pero yo no desisto, tengo que curarle esas orejas.

Los tres primeros días duerme en su cama, pero al cuarto, habiendo pasado ya por la peluquería y con un olor bastante más agradable, la dejo que duerma conmigo. Perra no baja de la cama en toda la noche, ni a beber agua; supongo que sabe que ella sola no podrá volver a subir.

Creo que es después de esa noche, el quinto día, cuando la confianza es ciega, y mutua. No hay un gruñido ni un amago de avisarme de que las gotas en los oídos la incomodan. Yo ya me atrevo a revolearla sin miedo a que se enfade. Dormimos abrazadas.

Qué pena habernos conocido tan mayores, le digo una noche. Ojalá aún te queden muchos años de vida. Aunque no importa; si son pocos,

también estaremos juntas. Tendremos que querernos en los años que nos queden todo lo que nos habríamos querido en los años que hemos perdido.

Perra me mira sin entender que, en realidad, es ella la que me ha rescatado a mí.

Cuando ordenas la tristeza, resulta mucho más sencillo acabar con ella. Al principio te parece imposible porque es tanta que abruma. Y porque no hay un manual que valga para todos, ni una fórmula matemática, solo dejar pasar el tiempo y practicar la paciencia de la que cada cual sea capaz. Impacta darse cuenta de que la gestión de la tristeza depende en buena parte de una misma, y darse cuenta también de que a veces no puedes corregirla, tan solo esperar a que se alivie. También puedes aceptarla y transformarla en otra cosa, o dejar que te transforme a ti. Nadie te va a salvar de ella, no hay rescate externo posible. Por lo tanto, es importante saber que se puede vivir a su pesar, que debes continuar a pesar de ella, que tienes derecho a intentar arrancártela de cuajo y a utilizar para ello todo aquello que te ayude a sentirla más ligera; o, si quieres, a profundizar en sus infiernos, a ahogarte en ella durante un rato.

Pero no vayamos a romantizarla. Estos procesos dolorosos no nos hacen mejores personas. Quizá, hasta nos hacen un poco peores, más pesimistas, menos inocentes, más egoístas y austeros. No necesitamos haber vivido una relación tormentosa para valorar las bondades de una nueva. Esa nueva relación merece ser valorada, si es el caso, sin comparativas. También las personas que aparecen en nuestra nueva vida. Ni necesitamos haber atravesado el duelo por una pérdida para entender que debemos exprimir al máximo el tiempo que pasamos con las personas a las que amamos. Ni deberíamos tener que caer enfermos para disfrutar de nuestra buena salud. Romantizar los procesos traumáticos y creer que son parte de nuestro crecimiento personal me parece cobarde, aunque los seres humanos siempre hemos sido cobardes, y entiendo que a algo tenemos que agarrarnos para sobrevivir a ellos.

Supongo que a mí este cambio de ciclo me ha hecho más fuerte, muy a mi pesar. También me ha obligado a aprender cosas que me encantaría desaprender.

Hace un año deseaba que existiera un botón que me permitiera poner la vida en pausa hasta que todo hubiera pasado. No me daba cuenta de que, en realidad, apretamos ese botón continuamente. Cuando decidimos matar las horas muertas trabajando, bebiendo, tomando drogas, haciendo planes sin parar con gente que no nos importa, cuando empezamos prematuramente relaciones que nos evaden del sufrimiento que supone el vacío que alguien ha dejado al partir.

Si estos ciclos son como los económicos, esto va a ser una vuelta a empezar, pienso. ¿Dolerá igual o cada cierre de ciclo dolerá menos? ¿Perdemos una parte de nosotras cada vez que cerramos y abrimos uno nuevo? Quién sabe…

¿De qué te vas a arrepentir el día que te mueras?, me pregunta ella una noche.

De haber sufrido tontamente, le respondo.

¿Se puede sufrir tontamente? Yo creo que nunca se sufre en vano.

A lo mejor, sin ese sufrimiento, yo sería una persona que todavía cree en un para siempre. Creo que este año me ha robado el para siempre, le digo.

Pues a mí me parece que este año te ha regalado un montón de para siempres. Para siempre sabrás que para sobrevivir tan solo tienes que escribir. Y eso es un regalo.

Hace unos años conocí a una mujer y mi vida cambió por completo. No era la primera vez que me enamoraba y no sería la última, pero amé tanto que me permití perderme dentro de ese amor. Pero después del amor, hay más amor, aunque duela reconocerlo. La tristeza que tapa a la ruptura con un amor que se va convirtiendo en melancolía. Que un día se convierte en indiferencia. Eso también duele. El amor que vuelve y revuelve y que se concentra en otra parte.

Hace unos meses conocí a una mujer, cuando mi vida había cambiado por completo. Ya la había visto antes. Le pedí que me contara algo sobre ella y me explicó que veníamos del mismo lugar y que íbamos hacia el mismo sitio.

No me vuelvas a perder, me pidió.

Y supe reconocerme en ella.

Así que escribí un libro que le recordara siempre que el amor después del amor también es aquel que se rescata de las grietas de un suelo de asfalto que parece que no va a sostenerte, pues se comporta como un alquitrán que trata de petrificarse usándote como horma.

El amor que una vez compartiste, que te hinchió el corazón de tal forma que, al terminarse, te hizo creer que se te había quedado grande.

Pero el corazón así de henchido ya está acostumbrado a esa clase de amor y a su volumen, y, si le das tiempo, te devuelve el mismo amor ya depurado.

Es el goteo continuo de ese amor el que, al corazón, vuelve a colmarlo y a calmarlo.

Si el amor ya se ha acabado, ¿por qué sigue doliendo?

Cuando atraviesas una ruptura —con alguien, con el pasado—, inevitablemente rompes también con una parte de ti. A veces, esos pedazos rotos se vuelven a recomponer en una especie de puzle nuevo, pero otras veces se perderán para siempre, aunque los recuerdos permanezcan. A fin de cuentas, terminar y olvidar nunca fueron de la mano.

La ansiedad, la tristeza, la búsqueda de la identidad, la soledad, el miedo a crecer... Marta Cillán, cofundadora de Devermut, en un ejercicio de autoficción analiza cómo uno se puede recomponer después de la pérdida, a la vez que reflexiona con lucidez sobre los nuevos tipos de relaciones que están surgiendo y desarrollándose acorde a la emocionante (y agotadora) revolución amorosa de nuestros tiempos.

¿Cuándo se supera el duelo? ¿Cómo se encuentra el camino de vuelta a una misma? ¿Cuánto nos están afectando los distintos modelos relacionales y las relaciones abiertas?

Marta Cillán nació en Cádiz en 1987 y se mudó a Barcelona hace diecisiete años, donde se licenció en Odontología por la Universitat de Barcelona y obtuvo un diploma en Implantología Oral que apenas utilizó porque, un par de años después y casi por casualidad, comenzó a dedicarse al mundo de la comunicación y las redes sociales. También, es máster en Igualdad de Género por la Universidad de Nebrija, 2021, y, debido a todo este popurrí, en 2022 cofundó BluumHub, un estudio de desarrollo de producto que pretende acercar el mundo de la tecnología a las mujeres, o las mujeres a la tecnología. En 2016, junto con la que era su pareja entonces, cofundó Devermut, una comunidad digital centrada en tratar temas de actualidad y reivindicar los derechos de las mujeres y el colectivo LGTB+, que llegó a reunir a cientos de miles de seguidoras hasta el momento de su clausura en 2023.

Primera edición: junio de 2023

© 2023, Marta Cillán
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Laura Jubert
Ilustración de portada: © Petra Eriksson

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7560-4

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Después del amor

Escribir autoficción es complicado
Tengo treinta y cinco años
Me enciendo un cigarrillo
El final de mi vida
Mi madre se planta en Barcelona
Escribir autoficción es complicado
Después de cenar
Ex
Los adultos nos chupamos
Necesito observarla una vez más
Ahora voy a entrar
No estás enamorada
Entre la vida y la muerte
Lo que me faltaba
«Quien tenga miedo a morir que no nazca»
Me deslizo
Amar a dos personas
Mi mejor amiga
La veterinaria
Me invita a tomar unos vinos
No puedo identificar de dónde me viene la pena
Escribir autoficción es complicado
Las mañanas son el momento más duro
¿Cómo te encuentras?
Sé que me puedo enamorar de ella

Son las 8.30 de la mañana

Soy hija única

Ya no quieres follar, ¿no?

Yo siempre he sido una madre

Me mira con ternura y con deseo

Estoy scrolleando

Cuando ordenas la tristeza

Hace unos años conocí a una mujer

Sobre este libro

Sobre Marta Cillán

Créditos